11967

EL TEATRO.
COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

LA VIUDA DE LÓPEZ

COMEDIA

EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ARREGLADA Á LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

D. LUIS MARIANO DE LARRA.

MADRID.
FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR.
(*Sucesor de Hijos de A. Gullon.*)
PEZ, 40.—OFICINAS: POZAS,—2—2.°
1886.

3

AUMENTO A LA ADICION DE 1.° DE MAYO DE 1885.

COMEDIAS Y DRAMAS.

TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Propiedad que corresponde
Baltasar y Rafael	1	Sres. Tormo y Pinedo	Todo.
Boda y bautizo	1	D. M. Echegaray	Mitad.
Botasillas	1	Miguel Casañ	Todo.
Cómo se pasa la vida	1	Adolfo Llanos	»
El balneario	1	Eduardo Navarro	»
Futuro imperfecto	1	Cárlos Huete	»
Hidrofobomania	1	M. Casañ	»
La trompeta	1	Adolfo Llanos	»
Los niños terribles	1	Enrique Segovia Rocaberti	»
Nos casamos	1	Adolfo Llanos	«
Reina y mártir	1	F. Pi	»
Solteros entre paréntesis	1	Perrín y Palacios	»
Pedro Jiménez	1	Gutiérrez Alba	»
Venganza aragonesa	1	Manuel Izquierdo	»
Caridad	2	Juan Ortiz	»
El Macareno	2	Miguel Casañ	»
Las de Miguelturra	2	Navarro	Mitad.
Andrea	3	N. N	Todo.
Carlota de Sain Albert	3	Joaquín Coello	»
Clara Sol	3	Ricardo Rodriguez	»
Don Juan Tenorio. (3.ª parte)	3	Bartrina y Arus	»
Dora	3	Javier Santero	»
Diavolín	3	Segovia y Blasco	»
Dionisia	3	Manuel Tubino	»
El amigo de confianza	3	Enrique Gaspar	»
El caballo de cartón	3	Vallejo y Etrúz	»
El cercado ajeno	3	Federico Soler	»
El general Montleón	3	Javier Santero	»
En primera clase	3	M. Echegaray	»
Georgina	3	Pedro Gil	»
La Sociedad	3	Federico Gómez	»
La viuda de López	3	Larra	»
Lola	3	Enrique Gaspar	»
Las de Regordete	3	E. Sierra	»
Le Maitre de Jorges	3	Erckman Chatriam	»
Les petits Godins	3	Maurice Ordonneau	»
Pedro López	3	Rafael García Santistéban	»
Teresa Raquín	3	Hermenegildo Giner	»
Denise	4	Alejandro Dumas	»
Les Rantzan	4	Erckman Chatriam	»
Los Rantzan	4	Erckman Chatriam	»

LA VIUDA DE LOPEZ.

OBRAS DRAMATICAS DE D. LUIS MARIANO DE LARRA.

COMEDIAS.

El amor y la moda.
El toro y el tigre.
Quien piensa mal, mal acierta.
Pedro el marino.
El cuello de una camisa.
En palacio y en la calle.
Las tres noblezas.
Quien á cuchillo mata, á caza de cuervos.
Una nube de verano. (3.ª edicion.)
La nuza.
Entre todas las mujeres (1)
Sapos y culebras (1).
Una Vírgen de Murillo (1).
El beso de Judas.
Una lágrima y un beso. (2.ª edicion).
Juicios de Dios.
La flor del valle. (2.ª ed.)
La pluma y la espada.
Batalla de Reinas.
El amor y el interés. (3.ª edicion).
La planta exótica. (2.ª edicion)
La paloma y los halcones.
El rey del mundo.
La oracion de la tarde (8.ª edicion.)
Los lazos de la familia. 5.ª edicion.)
Rico de amor.
Barómetro conyugal (2).
La lápida mortuoria.
La bolsa y el bolsillo.
El Marqués y el Marquesito.
Los infieles (3). (3.ª ed.)
La agonía. (3.ª edicion.)
Flores y perlas. (4.ª ed.)
Dios sobre todo. (2.ª ed.
El hombre libre.
La primera piedra. (2.ª ed.)
Estudio del natural. 2.ª.)
La cosecha. (2.ª edicion.)
En brazos de la muerte. (2.ª edicion.)
¡Bienaventurados los que lloran! 3.ª edicion.)
El bien perdido. (2.ª ed.)
Oros, copas, espadas y bastos. (5.ª edicion.)
El ángel de la muerte.
El Becerro de oro.
Los hijos de Adan.
El árbol del Paraiso.
El Caballero de Gracia. (2.ª edicion.)
La tarde de Noche-buena.
¡Una lágrima!
Los corazones de oro. (2.ª edicion.)
Tres piés al gato...
¡Risas y lágrimas!
Las ranas pidiendo rey.
Un buen hombre.
La viuda de López.

ZARZUELAS.

Un embuste y una boda. Música de Genovés.)
Todo son raptos. (M. de Oudrid.)
As en puerta. (M. de Oudrid.)
La perla negra. (M. de Vazquez.)
Las hijas de Eva. (M. de Gaztambide. (4.ª ed.)
La conquista de Madrid. (M. de Gaztambide.) (3.ª edicion.)
Cadenas de oro. (M. de Arrieta.) (4).
Una revancha. (M. de Campo.
La ínsula Barataria. (M. de Arrieta.)
Punto y aparte. (M. de Rogel.)
Los órganos de Móstoles. (M. de Rogel.) (2.ª ed.)
Los infiernos de Madrid. (M. de Rogel.)
La varita de virtudes. (M. de Gaztambide.)
Los misterios del Parnaso. (M. de Arrieta.)
Los hijos de la costa. (M. de Marqués.)
Justos por pecadores. (M. de Oudrid y Marqués.)
La prima-donna. (M. de zarzuelas.)
El atrevido en lacórte. (M de Caballero.)
El conde y el condenado. (M. de Rogel é Inzenga. (5).
Sueños de oro. (M de Barbieri.) (3.ª edicion.)
La creacion refundida. (M. de Rogel.)
El barberillo de Lavapiés. (M. de Barbieri.) (10.ª edicion.)
La vuelta al mundo. (M. de Barbieri y Rogel.) (2.ª edicion.)
Chorizos y Polacos. (M. de Barbieri.)
Viaje á la luna. (M. de Rogel.)
Juan de Urbina. (M. de Barbieri.)
Los pajes del Rey. (M. de Oudrid.)
Las campanas de Carrion. (Música de Robert Planquette.)
La guerra santa. (M. de Arrieta.) (6).
El Corpus de sangre. (M. de Caballero.)
La niña bonita. (M. de Caballero.)
Los hijos de Madrid. (M. de Cereceda.)
Boccaccio. (M. de Franz de Suppé.) (3.ª edicion.)
La Africanita. (M. de Cereceda.)
El año de la Nanita. (M. de Rubio.)

OBRAS NO DRAMÁTICAS.

Tres noches de amor y celos. Novela en dos tomos.
La gota de tinta. (Segunda edicion.) Novela en dos tomos.
El libro de las mujeres. Obra traducida en un tomo.

---

(1) En colaboracion con D. Luis de Eguilaz. (2) Idem con D. Ventura de la Vega. (3) Idem con D. Narciso Serra. (4) Idem con D. Ramon de Navarrete. (5) Idem con D. Antonio García Gutierrez. (6) Idem con Don Enrique Perez Escrich.

LA VIUDA DE LÓPEZ

COMEDIA

EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ARREGLADA Á LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

D. LUIS MARIANO DE LARRA.

Estrenada con éxito extraordinario en el Teatro de la PRINCESA de Madrid, el 12 de Marzo de 1886.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.
Atocha, 100, principal.

1886.

PERSONAJES.	ACTORES.
JULIA	SRTA. MENDOZA TENORIO.
LA VIUDA DE LÓPEZ	LOMBIA.
CLARA (1)	GUINEA.
SALAZAR	SRES. CEPILLO.
RICARDO	MARIO.
MONLEÓN	GUZMÁN.
UN CRIADO	»

Los tres actos en una casa de campo de Carabanchel.
Época actual.

---

(1) Niña de ocho á doce años: segun la edad de la actriz que desempeñe este papel hay que variar todas las fechas que á ella se refieren.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados, ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los comisionados representantes de la Galería Lírico-Dramática, titulada El Teatro, de DON FLORENCIO FISCOWICH, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO PRIMERO.

Sala sencilla y elegantemente amueblada en una casa de campo. Puertas laterales: al foro dos ventanas por donde se ve el jardín.

ESCENA PRIMERA.

JULIA, RICARDO continuando una conversación.

RIC. ¿Estamos conformes? (De pié, al lado de Julia.)

JULIA. De ningún modo. (Sentada.)

RIC. Pero ¿por qué? ¿Qué mal hay en ello? ¿El medio no es ingenioso?

JULIA. Demasiado ingenioso: y ruego á usted que terminemos cuanto antes esta peligrosa entrevista.

RIC. Si cumpliendo las órdenes de usted no he vuelto á verla hace seis años; sí jamás hasta hoy he pisado la casa de su marido; en una palabra, si nada existe de lo pasado, más que el asunto que me ha obligado hoy á presentarme á su vista, no tiene usted derecho para dudar de mi buena fé. Cesen, pues, su irónica sonrisa y sus despreciativas miradas, y concluyamos cuanto antes. ¿Rechaza usted mi proyecto?

JULIA. Terminantemente.

669368

RIC. Yo creía que la mayor felicidad de usted, sería ver á su lado á Clara, sin que nadie pudiera estorbarlo.

JULIA. La mayor felicidad de mi vida, cierto; ¡pero no en esas condiciones!

RIC. Queda otro recurso entonces. (Con ironía.)

JULIA. ¿Cuál?

RIC. Confesárselo todo á su marido.

JULIA. ¿Todo? (Con desprecio.)

RIC. Todo lo que á usted la concierne.

JULIA. Eso es lo que yo hubiera debido hacer antes de mi matrimonio. Pero el alma de la mujer, es débil, en ciertas situaciones. Antes que morir de rubor, prefiero morir de pena. ¡Qué vida, Dios mío!

RIC. Adoptemos un medio que lo concilia todo.

JULIA. Decididamente, hay cosas que usted no comprenderá nunca.

RIC. Lo que yo no comprendo, es que los humanos sean víctimas de ideas ó sentimientos que á nada conducen. La vida no es una utopia es un hecho. Cuanto la transtorne; cuanto la desvíe de lo normal y lo positivo, es un absurdo ¿Tal ó cual cosa es conveniente, es útil, nos lleva al fin que nos proponemos? Pues todo cuanto se oponga á nuestro deseo, llámese honor, dignidad, delicadeza, es tonto y está por consiguiente desprovisto de sentido práctico.

JULIA. ¿Qué hombre es usted? (Con desprecio.)

RIC. El hombre de hoy. La existencia es corta y no hay que perder tiempo. El dinero es el poder único y supremo y hay que adquirirle cueste lo que cueste. Las leyes divinas, iguales en todas las religiones, nos hacen no tener ninguna: las leyes humanas, idénticas en todos los países civilizados, nos enseñan á no enredarnos en las mallas del Código penal. En no siendo criminal ante la ley, todo hombre es legalmente honrado, y en no cayendo en las ridículas debilidades de *amar* y de *sentir* todo hombre es fuerte. Y como éstas, después de todo, no son más que teorías, venga-

mos á la práctica. Por última vez, ¿quiere usted ó no, que yo traiga á Clarita á esta casa por el sencillo método que acabo de indicarla?

JULIA. ¡Por última vez, no! (Con entereza.)

RIC. Entonces, no será culpa mía si no vuelve usted á verla.

JULIA. ¿Cómo? ¿qué piensa usted hacer?

RIC. ¡Enviarla á América, donde una lejana parienta mía consiente en encargarse de ella!

JULIA. ¿Á América? ¿Por qué no dejarla con esas buenas gentes que la han educado?

RIC. No ha de estar allí eternamente; ni yo puedo tenerla conmigo, puesto que voy á casarme, ni mi futura mujer es de las que admiten hijos ajenos. En este caso, mi combinación era excelente. En lugar de verse usted precisada á ocultarse de todo el mundo, para ir á dar un beso á esa niña, lo que ha hecho usted cuantas veces le ha sido posible durante siete años, hay que hacerla á usted esa justicia; en vez de exponerse sin cesar á ser descubierta, yo la proponía á usted la manera de tener á esa niña constantemente á su lado, de poder cuidarla, quererla, educarla, besarla á la faz del mundo entero. Usted no quiere... ¿cómo ha de ser? No hablemos más de ello. ¡Voy á llevármela!

JULIA. ¿Á llevársela? ¿pues dónde está?

RIC. Á dos pasos de aquí, en la fonda del pueblo, donde hemos llegado ella y yo hace media hora.

JULIA. Pero ¿ha tenido usted la audacia de traerla aquí?

RIC. En primer lugar, yo contaba con el consentimiento de usted. ¡Vea usted si soy inocente! y en segundo lugar, ¿qué audacia es esa? Precisemos la cuestión y siga usted mi razonamiento. Yo vengo de Madrid ha hacer una visita de despedida á un antiguo amigo de mi familia que se llama don Cárlos Salazar, brigadier de marina, que sale para Filipinas dentro de tres ó cuatro días con una misión ó un empleo del gobierno. Mi *amigo* vive en Carabanchel. Hace un día her-

moso, yo tengo una hija de seite años, cosa que todo el mundo ignora, hasta ella misma. Traigo á mi hija conmigo, para pasar un dia de campo: pero como yo no tengo necesidad de contar mis asuntos á Salazar, dejo á mi hija en la fonda, mientras vengo á hacerle mi visita. Esperando que el brigadier vuelva de Madrid, ya que ha dado la *casualidad* de que yo llegue á Carabanchel estando él ausente, y hablando con su esposa, á quien encuentro triste; cosa muy natural en vísperas del viaje de un marido á quien se ama, se me ocurre una idea, cuya ejecución podría distraerla durante la larga ausencia de su esposo. Esta idea, es la de confiarla mi hija, que no tiene madre, puesto que su madre ha muerto, ni padre, puesto que nadie en el mundo sabe que yo lo soy suyo, y que no podía quedar en mejores manos. La señora de Salazar, en vez de admitirla, rechaza esta idea. ¿Qué le hemos de hacer? Yo espero que Salazar llegue; le doy un apretón de manos, me vuelvo á Madrid con Clara; la confio á cualquier extraño que la conduzca á América á casa de la parienta con quien ha de vivir en adelante... y... dígame usted ¿qué hay en todo esto de perversidad, de inconveniencia ó de audacia?

JULIA. Nada... para el mundo, y como hombre práctico, está usted dentro de las fórmulas sociales y libre del Cógo penal. Para mí, que veo algo más, y para Dios, que lo ve todo, ¡lo que hace usted hoy, es una infamía! ¡después de tantas otras! ¿Qué le he hecho yo á usted para que así me torture? ¿Por qué quiere usted alejar de España á esa niña?

RIC. Se lo he dicho á usted ya. Si la mujer con quien voy á casarme, supiera la verdad antes del matrimonio, este no se efectuaría, y es indispensable que se efectúe: si lo supiese después, mi casa sería un infierno. Esa mujer es celosa, hasta de mi pasado, y me espía y me vigila sin cesar. Si no se tratara más que de mí, del mal el menos; pero se trata también de usted:

y si después de conocer la existencia de esa niña, adquiriera mi mujer la prueba de que usted era la madre, la haría todo el daño posible.

JULIA. ¡Oh! ¡qué hacer! ¿qué hacer?

RIC. Si usted amara á su hija...

JULIA. ¡Yo!...

RIC. No sólo aceptaría el plan que la propongo, sino que me daría usted las gracias por haberle concebido.

JULIA. ¡Pero usted sabe que esa niña me llama madre cuando me vé!...

RIC. ¡Sin saber lo que ese nombre significa! Tranquilícese usted, no se hará traición á sí misma. Yo la he recomendado que la vea á usted como si no lo conociera: sabe guardar un secreto y no dirá más que lo que deba decir. ¡Tiene mucho mío!

JULIA. ¡Dios no lo quiera!

RIC. (Sonriéndose.) Mal me trata usted: por fortuna yo no soy susceptible. Al cabo de algunos meses de esa nueva intimidad, natural es que esa hija de adopción la llame á usted su madre, y todo el mundo quedará contento. Hay en lo pasado un hecho que usted quisiera poder borrar. Es imposible; mejor sería qne no hubiese existido: es evidente; pero existe y nada podemos contra él. En lugar de deplorar eternamente este hecho, veamos lo que de él podemos sacar, agradable para nosotros y útil para esa niña. La casualidad ha hecho que usted sea la esposa de un amigo de mi padre; de un hombre que me ha visto nacer. Utilicemos la casualidad; es la Providencia de las personas de talento.

JULIA. ¿Qué hay en su alma de usted?

RIC. Cuando usted me diga dónde está el alma, podremos entendernos. Amiga mía... (Con familiaridad.)

JULIA. Caballero... (Retrocediendo.)

RIC. (Levantándose.) Perdone usted mi distracción y mi familiaridad. Yo no creo más que en lo que veo, y no he visto nunca el alma de nadie. Mi falta hoy es haber dado

á usted parte de mi proyecto. No necesitaba más que haber pedido ese favor á su marido, sin que usted lo supiera, y es seguro que al concedérmelo, hubiera usted tenido que aceptar de su mano, lo que rechaza usted ofrecido por la mia.

JULIA. Haga usted lo que su egoismo le dicte, y líbreme cuanto antes de su presencia. (Timbre en el jardín.)

RIC. Salazar llega. (Mirando por el foro.) Déjeme usted hacer y reflexione durante ese tiempo. Si el resultado de sus reflexiones es que usted debe rehusar, rehuse en buen hora; yo, por mi parte, no tendré nada de que acusarme.

JULIA. ¡El arrepentimiento nace siempre en la conciencia: y los hombres como usted, no tienen nunca nada de que arrepentirse!

ESCENA II.

DICHOS, SALAZAR por la izquierda.

SALAZ. ¡He tardado más de lo que pensaba! Pero no podía venirme sin ver al ministro. ¿Has estado inquieta?

JULIA. No por cierto. Además... (Señalando á Ricardo.)

SALAZ. ¡Calla! ¡Tú aquí, buena pieza! ¡Yo te creía muerto!

RIC. ¡Señor de Salazar, sé que va usted á partir para Filipinas un día de estos, creo que mañana ó pasado, y como no le he visto hace algún tiempo, venía á presentar á usted mis respetos y á hablarle de cierto grave asunto, del que ya he indicado algo á su señora, que como es natural, nada quiere resolver sin su consentimiento! Hay además ciertos detalles que sólo pueden decirse entre hombres, y por lo tanto... (Casi en voz baja.)

JULIA. Ruego á ustedes que me dispensen... Tengo que concluir de hacer tu equipaje...

SALAZ. ¿Estás triste?

JULIA. ¿Cómo he de estar alegre la víspera de tu marcha? ¿Qué soy yo sin ti? (Con efusión y cariño.)

SALAZ. Este viaje será el último.

JULIA. ¡Dios lo quiera!

SALAZ. ¡Y no será tan largo como te figuras! ¡Ve, hija mía, ve!...

JULIA. (¡Tú ves mi corazón! ¡piedad, Dios mío... piedad!)

ESCENA III.

SALAZAR, RICARDO.

SALAZ. ¿De qué se trata? (Sentándose ambos, á la derecha.)

RIC. De un gran favor que vengo á pedir á usted: y concédamele ó no, creo inútil decir que el asunto debe quedar secreto entre nosotros. Sé que puedo contar con la discreción de su esposa, como con la de usted, pero con usted puedo ser más franco. El caso es este. ¡Yo tengo una hija!

SALAZ. ¡Tú! (Sorprendido.)

RIC. ¡Yo! ¿Qué tiene de extraño?

SALAZ. ¿De la mujer con quien vas á casarte?

RIC. Nada de eso.

SALAZ. ¿Y tu futura lo sabe?

RIC. ¡No sólo no lo sabe, sino que es indispensable que no lo sepa nunca!

SALAZ. ¿Por qué?

RIC. Porque cree que no he amado más que á ella.

SALAZ. Vamos; porque sabe que tú no has amado nunca á nadie; lo que es más sencillo.

RIC. ¡Mala opinión tiene usted formada de mí!

SALAZ. ¡Muy mala!

RIC. ¿Formalmente?

SALAZ. ¡Formalmente!

RIC. ¿Y por qué?

SALAZ. Porque yo siempre tengo mala opinión de los hombres egoistas y de los séres fríos y calculadores. Continúa... Tienes una hija...

RIC. De siete años.

SALAZ. ¿Y dónde está tu hija?

RIC. En un pueblo cerca de Madrid, confiada á unas buenas gentes.

SALAZ. ¿Y su madre?

RIC. No la conoce.

SALAZ. ¿Qué ha sido de ella?

RIC. Yo podía decir á usted que ha muerto. Pero prefiero decir á usted la verdad. ¡Anda por el mundo!

SALAZ. ¿Gracias á tí?

RIC. ¿Cómo?

SALAZ. ¿Sería sin duda una muchacha honrada á quien tú engañaste, abandonándola después?

RIC. Á los veinticinco años no se engaña á nadie. Se deja uno arrastrar por su pasión.

SALAZ. Pero desde el momento que aquella mujer, seducida ó arrastrada por tu pasión llegó á ser madre; desde e momento que un sér inocente había venido á este mundo de lágrimas, por culpa tuya, debiste hacer de aquella mujer culpable una esposa honrada.

RIC. Quizá lo hubiera hecho con el tiempo, pero á mi regreso de un viaje de dos años, y á pesar de que yo la escribí alguna que otra carta aquella mujer se había casado. Usted quisiera que los hombres fuesen ángeles; mejor sería; puede que con el tiempo lleguen á serlo. Yo no soy un santo, estamos conformes, pero tampoco son santas las mujeres que he encontrado en mi camino. Usted ama, comprende y hasta practica la virtud; pero créame usted, Salazar, todos los hombres que están en mi caso hacen lo que yo, y hasta muchos de los que están en el suyo.

SALAZ. Yo no sé lo que hay de verdadero ó falso en lo que me cuentas, y sólo te juzgo por lo que yo mismo conozco de tu existencia. Nadie es más indulgente que yo para los errores ajenos, cuando éstos nacen del corazón; pero lo que yo no perdono nunca son las acciones villanas que se cometen á sabiendas, y que se emplean como medio práctico, como procedimiento de la vida. Que un jóven de veinte años, abandonado á sí mismo,

mal educado como tú lo eras, con malos eje mplos á la vista, cometa todas las locuras de su edad, yo lo admito y lo disculpo durante algún tiempo; pero poco á poco, y cuando se tiene tu inteligencia, lo que á ese joven no le han enseñado, puede aprenderlo por sí solo. Tienes treinta y tres años; vas á casarte...

RIC. ¿Hago mal en ello?

SALAZ. ¡Déjame decirte el fondo de mi pensamiento: á tu edad se sabe siempre lo que se hace; y cuando sabiéndolo, se casa un hombre como tú vas á hacerlo, sabe perfectamente que no hace lo que debe!

RIC. Mi mujer...

SALAZ. Tu mujer, ó mejor dicho tu futura, á quien yo no conozco, ni conoceré probablemente en mi vida, te lleva algunos años...

RIC. Ocho ó diez... y está muy bien todavía...

SALAZ. Si no tuviera, sin embargo, ocho ó diez mil duros de renta, ni la hubieras mirado siquiera. Tú haces con el corazón de esa mujer y con el alma tuya, lo que se llama un *negocio*, y por lo tanto una de esas acciones villanas; uno de esos procedimientos prácticos que yo criticaba hace poco. Tienes una hija; cuando me lo has dicho hace un instante, creí que era de esa mujer: tu matrimonio entonces normalizaba una situación falsa, pero no hay nada de eso. Hoy, tienes treinta y tres años; es decir, la edad en que el hombre en toda su fuerza puede probar su energía, su desinterés, su dignidad. Tienes un empleo modesto, pero decoroso y suficiente para cubrir con algún exceso todas tus necesidades; con trabajo y perseverancia aun podrías mejorar tu fortuna, pero tú encuentras más cómodo casarte con una mujer rica y para tí casi vieja, aunque te sea inferior por su nacimiento, por su educación, por sus antecedentes... (Movimiento de Ricardo.) No te pregunto nada. Tú prefieres unirte á esa mujer porque su fortuna te permitirá no trabajar, no hacer nada, y vivir en Madrid

como un vago, entre otros vagos que van á explotarte ó despreciarte, según sean inferiores ó superiores á tí. Esto es lo que me da el derecho de decirte, la antigua amistad que me unió á tu padre, bravo y honrado militar que murió en mis brazos en la guerra de África, y cuya mayor desgracia fué no haber podido vigilar de cerca tu infancia, confiándola á tu madre que te amaba demasiado. Pobre madre, muerta probablemente al conocerse inútil para corregirte, y después de haber gastado hasta el último real de su modesta fortuna para pagar tus deudas y tus locuras. No me negarás que si todo esto es muy práctico, no es muy honroso para tí, que digamos.

RIC. Le haré á usted observar solamente, que al casarme, legalizo una situación...

SALAZ. Que te hace menos favor todavía. Lo sé, estás hace tres años en relaciones con esa mujer, criada ó ama de gobierno del dueño de una fonda de las más acreditadas de la corte. En sus últimos momentos celebró con ella un matrimonio de conciencia y por él vino á ser tu futura, la universal heredera del fondista millonario. Sé aún más. Me han dicho que no sólo eres el amante de esa mujer, sino su deudor.. (Movimiento de Ricardo.) No quiero saber nada; hay cosas que manchan sólo con hablar de ellas!

RIC. Señor Salazar; después de lo que acabo de oir, nada tengo que hacer en esta casa. (Levántándose.)

SALAZ. Te engañas. De mí puedes y debes oirlo todo: y si te hablo de esta manera, precisamente en el momento en que vas á pedirme un favor, no es ni para castigar tu indiscreción, ni para hacérmele pagar de antemano: es sólo para decirte, que aún es tiempo de que reflexiones; es porque se trata de un hijo; y porque abrigo la esperanza de que aún puedas regenerar tu ser pervertido, por un sentimiento... que yo no sospechaba en tí... el amor paternal. Veamos. ¿Amas á tu hija? (Levantándose.)

RIC. ¿Habría yo cuidado de ella hasta los siete años, si no la amara?

SALAZ. Si eso es cierto, desde hoy puedes empezar á ser otro hombre... ¿Qué es lo que quieres?

RIC. Oiga usted lo que venía á proponerle. Sean las que quieran las razones que me obligan á casarme con la Viuda de López, este matrimonio está resuelto, y ella no consentiría nunca en encargarse de mi hija; esta es la razón de por qué me veo obligado á ocultarle su existencia... Mi Clara tiene siete años, y á esta edad necesita ya una niña ser querida y vigilada. Hasta hoy ha vivido entre gentes honradas, pero del pueblo, en una aldea próxima á Madrid, y ellos la han enseñado, lo que han podido buenamente. Á leer, escribir, contar; algo de costura y otro poco de catecismo... eso es ya mucho para ellos... para ella... nada. Usted no tiene hijos; mañana ó pasado parte para un largo viaje, su esposa va á quedar completamente sola. ¿Quiere usted permitirme que la confíe mi hija, á quien educará como ella quiera, á quien enseñará cuanto ella sabe, y á la que amará de seguro? Su esposa de usted está dispuesta á hacerlo: sólo falta la autorización de usted para realizarlo.

SALAZ. Trae á tu hija cuando quieras.

RIC. Voy á buscarla ahora mismo. La he traido á Carabanchel conmigo, previendo este resultado.

SALAZ. ¡Julia!... (Llamando: esta sale por la derecha.) Julia, muchas veces te he hablado mal de Ricardo Ruiz, olvídalo. Tiene una hija y la ama; ese amor puede regenerarle y hacerle marcharen la vida por la senda del bien.

RIC. (La partida está ganada. ¡Eso es lo que importa!)

SALAZ. ¡Tráenos á tu hija! (Ricardo sale mirando á Julia que baja los ojos.)

ESCENA IV.

JULIA y SALAZAR.

JULIA. ¡Qué alma tan hermosa es la tuya!

SALAZ. ¡Mucho favor me haces!

JULIA. ¡Cada día más hermosa! ¡Tú no sabrás nunca cuánto te amo!

SALAZ. ¿De veras?

JULIA. Y si no te lo digo más á menudo...

SALAZ. Es que estoy casi siempre muy lejos para oirte...

JULIA. No; es que vales tanto, que tu presencia me acobarda; por eso te lo escribo... ¡entonces me parece más fácil confiartelo!

SALAZ. ¡Tengo diez y ocho años más que tú! Esa es mi sola superioridad sobre tí, y bien triste por cierto, Y si tú no me dices que me amas, ó á lo menos no me lo dices tanto como deseas cuando estoy á tu lado, es porque querrías decírmelo como se lo dirías á un marido de tu edad, y mis cabellos grises desvanecerían tus ilusiones; mientras que de lejos, no tengo para tí edad ni forma; mis canas se confunden con las tintas vagas del horizonte y puedes olvidar lo bastante mi fisonomía, para creer que me amas.

JULIA. ¿Dudas de mi amor? Mal haces. Créeme Cárlos. Tengo hacia tí tal admiración, tal respeto, tal culto...

SALAZ. Inventa cuantas palabras quieras, ninguna de ellas equivaldrá al amor...

JULIA. Tal amor, tan poderoso, tan profundo, tan grande, que yo no vivo más que para tí en la imaginación y en la realidad. ¡Yo te lo debo todo! ¿Quién era yo? Una muchacha pobre y desdeñada, que es hoy por tí una mujer dichosa, envidiada y rica. Tú me has dado tu fortuna, que es lo de menos, y tu apellido honrado y glorioso asociándome á tu noble y útil existencia. Antes de conocerte, yo no veía, no sabía, no compren-

día. Tú me has hecho vivir, en fin, sábelo de una vez; si mi muerte, en cualquier momento que llegue, pudiera ahorrarte un dolor, una pena, una emoción tan sólo, yo moriría sonriendo y diciéndole á la muerte. ¡Bendita seas!

SALAZ. Te creo y te amo. (Queriendo alejarse.)

JULIA. (Deteniéndole cerca de ella.) No; no. Te conozco demasiado para no leer una duda en tus ojos: si ellas pudieran ocultármerla, yo la leería en tu pensamiento. Nuestras dos almas no son más que una... recuérdalo. ¡Tú eres mi esposo; mi padre, mi amigo.. mi Dios! Nada de lo que sientas me es indiferente y todo lo que vibre en tu corazón palpita apresurado en el mío. ¿Por qué estás triste cuando me oyes decirte que te adoro?

SALAZ. Me ausento de tí mañana.

JULIA. ¡No te vayas! Manda tu dimisión. Tú no necesitas de nadie!

SALAZ. Pero hay muchos que necesitan de mí. Toda mi tripulación me espera y me ama. Esos hombres y yo hemos compartido la misma vida, y corrido los mismos peligros. Yo soy su jefe, su compañero y su hermano, como soy tu esposo, tu guía y tu amigo; no tengo por lo tanto el derecho de confiarlos á otro, mientras tenga fuerza para conducirlos yo mismo. Además, estoy acostumbrado á esa existencia enérgica, á esos rudos trabajos, á esas luchas, á esas fatigas, á esos pensamientos elevados y religiosos que nacen en el silencio de las grandes soledades. ¿Cómo no creer en el cielo, cuando no se ve otra cosa en cuanto abarca la vista? La inacción prolongada de esta vida inútil me mataría, y tú misma me estimarías menos al verme ocioso é inactivo. El trabajo es el deber, es la comunión del hombre con la humanidad; ¡déjame trabajar, déjame vivir!

JULIA. ¡Tú tienes siempre razón! y yo la tenía al decirte que tu alma es cada día más hermosa.

SALAZ. No me avergüences por Dios, y recuerda que esto lo hemos convenido anteriormente. Cuando yo te pregunté hace seis años si querías ser mi mujer, te previne que no podía ofrecerte un matrimonio tal como le sueñan las mujeres á la edad que tú tenías. Ni la mía, ni mi posición me permitían hacer el papel de Romeo, ni aun llamándote tú Julieta. Hemos contratado uno con otro una alianza defensiva contra las luchas de la vida. Eras tan modesta; estabas tan triste al lado de aquella anciana cuya razón se extinguía poco á poco, que yo me creí con el derecho de ofrecerte mi nombre y mi ternura, para ampararte y protegerte definitivamente. ¿Qué hubiera sido de tí, después de su muerte? Recuerda lo que te dije: «Yo al dar á usted mi mano, la advierto que sólo podré pasar á su lado uno ó dos meses al año; pero sabré en mis largos viajes, que hay en tierra una persona que piensa en mí y que espera mi regreso. ¿Quiere usted ser mi amiga hoy, mi compañera durante algunos años, mi hija después hasta el día de mi muerte? Tú aceptaste: esto es lo que convinimos, á esto estamos obligados.

ESCENA V.

DICHOS, RICARDO y CLARITA.

RIC. ¡Aquí está mi lugareña!

JULIA. (¡Ah! ¡Valor!)

RIC. (No sabe que soy su padre. No se lo diga usted nunca.) (Ap. á Salazar.)

SALAZ. (Ap. á Ricardo.) (¡Descuida!) (Alto á Clarita que ha cruzado con Julia una seña, invisible para todos.) Entra, hija mía, entra. Las personas que están aquí, sólo quieren tu bien.

CLARITA. ¡No hay más que mirarlas á la cara para conocerlo!

SALAZ. ¿Cuántos años tienes?

CLARITA. Voy á cumplir siete, ¿no es verdad, don Enrique? (Ricardo hace una señal de asentimiento.)

SALAZ. ¿Y cómo te llamas?

CLARITA. Clara. En el pueblo me llaman Clara Martínez, que es el apellido de mi nodriza; pero yo no me llamo más que Clara.

RIC. ¡Es un bonito nombre!

SALAZ. ¿De modo que no tienes pariente alguno?

CLARITA. Sólo he conocido á la familia que me ha criado, y á este señor á quien mis padres encargaron que cuidase de mí. Hoy ha sido muy bueno conmigo.

SALAZ. ¡Dále un beso!

RIC. ¡Ya sabe la pícarilla que la quiero! (Besándola superficialmente.)

SALAZ. Y si nosotros quisiéramos encargarnos de tí y tenerte á nuestro lado, ¿serías dichosa?

CLARITA. ¡Ya lo creo!

SALAZ. ¿Te tratan mal las gentes con quienes vives?

CLARITA. ¡Oh, no! pero están muy ocupados y nunca hablan conmigo.

SALAZ. ¿Y tú tienes mucha gana de hablar?

CLARITA. Me gusta contar lo que me pasa. Esta señora sí que me escucharía. (Movimiento instintivo de inquietud en Julia: al ver acercarse á Clarita.) ¡Oh! no tema usted nada, señora; que yo soy buena y no le daré ningún disgusto. Yo hago todo lo que me mandan.

SALAZ. ¿Por qué no hablabas con el señor? (Señalando á Ricardo.)

CLARITA. Iba poco á verme, y siempre estaba de prisa.

RIC. Mis negocios... mi oficina...

SALAZ. Puesto que sabías escribir, debías haberle escrito para que fuera á verte.

CLARITA. No sabíamos sus señas: sólo sabíamos su nombre... don Enrique.

RIC. (Yo los he ocultado siempre mi nombre verdadero.) (Ap. á Salazar.)

SALAZ. (Comprendo. ¡Está tranquilo!) (Ap. á Ricardo.) ¿Apuesto, Clara, á que sabes cuantas veces ha ido don Enrique á verte?

CLARITA. ¡Cinco!

SALAZ. ¡No son muchas en siete años!

RIC. ¡Oh! yo he ido muchas más cuando era pequeña, sino que no puedo recordarlo.

SALAZ. Naturalmente. Pues bien, hija mía; te quedarás con nosotros; solo que yo no podré hablar mucho contigo, porque me voy mañana á un viaje muy largo.

CLARITA. ¡Tan pronto! (Cariñosamente.)

SALAZ. Pero volveré; y entonces tú y yo podremos hablar de todo lo que hayas aprendido durante mi ausencia. Mientras tanto, yo espero que Dios... ¿tú habrás oido hablar de Dios!

CLARITA. ¡Oh, sí! ¡y le he rezado tanto!

SALAZ. Pues bien; Dios que ha querido que tú no tengas padres, ha hecho que nosotros no tengamos hijos... y de ese modo...

CLARITA. ¡Ya! ¿Ustedes serán mis padres y yo su hija?

SALAZ. ¿Te conviene? ¿Lo aceptas?

CLARITA. ¡Vaya si lo acepto! ¡Qué alegría!

SALAZ. Señorita Clara, estamos conformes. (La da la mano como á una persona formal. Ella se la estrecha y se la besa; él labesa en la frente.) Te dejo con mi señora; que va á couparse de tu instalación, mientras yo concluyo mis preparativos de viaje. Además; dos mujeres que van á vivir juntas, tendrán tantas cosas que decirse...

CLARITA. ¡Oh! ¡Sí!

SALAZ. Y tú, ¿comerás con nosotros? (Á Ricardo.)

RIC. Yo... no sé. (Turbado, mirando á Julia.)

SALAZ. Vamos; come con nosotros. Día completo.

CLARITA. ¡Tendrá mucho que hacer en Madrid! Como las cinco veces que fué á verme.

SALAZ. Y aun esas cinco veces han sido muchas para él. Es preciso que le perdones.

CLARITA. Como no tenía obligación de ir á verme... Además, le quiero.

SALAZ. ¡Es encantadora! (Á Ricardo.) En fin, ¿comes aquí ó no?

RIC. No sé; tengo que hacer en Madrid...

CLARITA. ¿Eh? ¿no lo dije? (Riendo.)

RIC. No puedo dejar á la viuda todo el día esperándome...

SALAZ. Envíala una carta. ¿Ella sabe que me conoces?

RIC. Ciertamente; ¡pero la dije ayer que iba hoy á pasar el día con mi tío!

SALAZ. Entonces, envías una carta á tu tío, para que él envíe otra á la Viuda de López. ¡Qué fastidioso y qué triste debe ser pasar la vida mintiendo y engañando! (Vanse por la derecha.)

ESCENA VI.

JULIA y CLARITA.

JULIA. (¡Ay! ¡me ahogo!...)

CLARITA. (Apenas salen Salazar y Ricardo, asegurándose de que nadie puede ver lo que hace, se echa en los brazos de Julia con un arranque nervioso.) ¡Mamá!

JULIA. Calla, alma mía; ¡si te oyeran! (Aterrada.)

CLARITA. ¡No tengas miedo! pero hace tanto tiempo que no te he visto, que te comería á besos. ¡Te quiero tanto, madre mía, que estoy loca al pensar que voy á poder decírtelo á cada minuto! ¿Por qué no has ido á verme hace dos meses?

JULIA. Me ha sido imposible; pero te he escrito muchas veces. ¿No has recibido mis cartas?

CLARITA. Las sé de memoria. ¡Si yo no he aprendido á leer más que para eso!

JULIA. ¿Qué has hecho de ellas?

CLARITA. Quemarlas.

JULIA. ¿Tú has comprendido... lo que pasa?

CLARITA. Yo sólo sé que me quieres mucho, y que te adoro:

que eres mi madre y que no lo debo decir delante de nadie. Cuando estemos solas, muy solas; tú serás mi mamá, yo tu hija; y delante de gentes te llamaré señora, esperando el momento en que pueda darte muchos besos.

JULIA. ¿Y estás segura de no descuidarte nunca?

CLARITA. Cá, mamá, no te apures: aunque me pregunten no diré nada que pueda descubrir nuestro secreto. Yo quiero vivir siempre contigo. (Julia la besa.)

JULIA. ¡Oh! ¡siempre!

CLARITA. ¿Me acostaré cerca de tí?

JULIA. ¡Sí!

CLARITA. ¿En tu misma alcoba?

JULIA. ¡En la de al lado!

CLARITA. ¿Con la puerta abierta?

JULIA. ¡Sí!

CLARITA. ¿Hablaremos desde nuestras camas?

JULIA. ¡Eso es! Hasta que te duermas.

CLARITA. ¿Y la que despierte primero le dará un beso á la otra?

JULIA. ¡Seré yo!

CLARITA. Yo despierto muy temprano.

JULIA. ¡Alma de mi vida!

CLARITA. ¡Viene gente! Me escapo. ¿Quieres ser muy buena conmigo?

JULIA. ¡Dí!

CLARITA. ¿Dónde está tu alcoba?

JULIA. Ahí. (Señalando á la derecha.)

CLARITA. Estoy muy cansada; ¿me dejas que duerma un rato en tu cama?

JULIA. ¡Ve, hija mía, ve!

CLARITA. ¡Te adoro! (Viendo al Criado que entra.) ¡Muchas gracias, señora, por sus bondades!... (Vase corriendo.)

ESCENA VII.

JULIA, la VIUDA DE LÓPEZ, un CRIADO.

JULIA. ¿Qué es eso, Juan?

CRIADO. Una señora que desea hablar á usted.

JULIA. ¿Á mí? que pase. (El Criado se acerca al foro y hace una seña. Entra la Viuda de López y el Criado se retira después de saludar.)

ESCENA VIII.

JULIA, la VIUDA DE LÓPEZ. Ricamente vestida, pero con mal gusto.

VIUDA. ¿La esposa del brigadier Salazar?

JULIA. Yo soy, señora. ¿Á quién tengo el honor de hablar?

VIUDA. Á Gertrudis García, Viuda de López, que debe casarse dentro de quince días con don Ricardo Ruíz.

JULIA. (Turbada, pero dominándose.) Muy señora mía. ¿En qué puedo serle á usted útil?

VIUDA. Pues ahí verá usted. Puede usted darme unas noticias que necesito.

JULIA. Escucho á usted.

VIUDA. ¿Ricardo ha venido á Carabanchel, y á esta casa esta mañana?

JULIA. Sí, señora.

VIUDA. ¿Acompañado de una niña de seis ó siete años?

JULIA. En efecto.

VIUDA. ¿Y dónde está esa niña?

JULIA. Descansando, porque estaba muy fatigada.

VIUDA. ¿De modo que no se la puede ver?

JULIA. Al menos, no por ahora.

VIUDA. ¿Y su padre, dónde está?

JULIA. ¿Su padre?... (Levantándose.)

VIUDA. Sí, su padre. Ricardo; porque ese es su padre: usted debe saberlo tan bien como yo.

JULIA. Si usted tiene la bondad de esperar aquí algunos minutos, yo haré avisar al señor de Ruíz, puesto que es á él á quien viene usted á buscar á mi casa.

VIUDA. Tiene usted razón. Esta es su casa de usted. Perdóneme usted. Soy un poco súpita, y tengo hoy para

serlo, más motivo que otras veces. No he dormido en toda la noche; la he pasado en un coche de alquiler, y estoy en camino de hierro, en tranvía y en ómnibus desde esta mañana. (Movimiento de Julia.) Estoy rendida. ¡Gracias; no necesito nada! He comido no sé qué en el tren. Pero yo no tengo nada contra usted, señora, al contrario, y usted puede hacerme un gran favor. Las mujeres deben comprenderse, aunque no se conozcan: y si no hay amistad, debe haber por lo menos espíritu de cuerpo, como dicen los hombres. Sólo para unirnos contra ellos. ¡Buenos son todos! ¡En fin, señora; yo tengo interés en saber la verdad acerca de esa niña que Ricardo ha traido aqui hoy: es preciso que yo lo sepa, cueste lo que cueste! Esa niña tendrá una madre; por fuerza; nadie viene al mundo sin eso: yo quiero conocer á esa madre; verla, hablarla y explicarme con ella á mi gusto. ¿La fastidió á usted? Acabo en seguida. Ricardo me dijo anoche, afectando la mayor indiferencia. «Si mañana hace buen día, iré á almorzar con mi tío al Escorial.» Yo no sé por qué desconfié en seguida de sus palabras: le dejé marchar, y le seguí. Entró en su casa; no había nada que decir; yo me instalé en un simón á cien pasos de ella. Á las seis de la mañana salió, y se dirigió, no á la estación del Norte, sino á la del Mediodía. Mi primer movimiento fué ponerme entre la ventanilla del despacho de billetes y él: armarle un escándalo y decirle delante de todo el mundo: «díme, tunante, ¿es por esta línea por donde vas al Escorial? Pero entonces no hubiera averiguado nada, y yo quería saber por qué me había mentido. ¿Qué quiere usted? Las mentiras me exasperan; no lo puedo remediar. Yo le he contado toda mi vida; él la ha aceptado, y en paz. En fin, ha tomado un billete para Pinto; ha entrado en una casa de pobre apariencia y ha salido de allí á la media hora con una niña y una maleta. Yo no podía preguntar nada á aquellas gentes, porque tenía que seguir á

mi hombre sin que me viera, lo que no me ha costado poco trabajo, pero he encontrado medio de saberlo todo. Ricardo volvió á tomar el tren; llegó á Madrid, y salió inmediatamente con la chica y la maleta por el tranvía de la Plaza Mayor. Yo le he seguido en otro coche de alquiler; le he visto bajarse en la fonda: dejar allí á la chica, venir á esta casa; volver á la fonda por la chica, y volver á entrar con ella otra vez en esta casa. He preguntado quién vivía aquí, y al saberlo no me ha extrañado. Conozco á usted hace mucho tiempo.

JULIA. ¿Á mi?

VIUDA. La diré á usted. Al principio de nuestras relaciones, Ricardo me hablaba muchas veces del brigadier Salazar, amigo de su padre, y me decía que este señor era casado. Voy á decirle á usted la verdad. Como yo soy celosa, no lo puedo remediar, y como yo no me fío de ningún hombre, quise conocerla á usted. He venido varios domingos á Carabanchel sólo para eso; la he visto á usted, y como era usted bonita no me quedé muy tranquila. He tomado, sin embargo, informes, y todos me han dicho que es usted una santa.

JULIA. Señora...

VIUDA. No se incomode usted que no hay muchas. Yo he hecho seguir á Ricardo... ¿qué quiere usted? yo paso mi vida en eso... no comprendo que se ame de otro modo... y he sabido que jamás ha puesto hasta hoy los piés aquí, ni durante las largas ausencias del brigadier; por consiguiente no hay nada entre ustedes. Pero hoy ha venido trayendo aquí á su hija... porque ¿es su hija, no es cierto? ¿Por qué no me lo ha de decir usted? Yo la juro, que no diré á nadie que usted me lo ha dicho. ¿Quedamos en eso?

JULIA. El señor de Ruiz debe estar en el jardín con mi marido. Voy á hacerle saber que una señora desea hablarle; esto es lo único que puedo hacer por usted.

VIUDA. No; no le diga usted que quiere verle una señora; sospecharía en seguida que era yo, y me inventaría una historia; dígale usted sólo que preguntan por él.

JULIA. Haré lo que usted desea.

VIUDA. ¡Gracias! ¡gracias! ¡Ah! ¡con franqueza! ¿Puede usted hacer que me den un vaso de cerveza, de vino, de agua, de cualquier cosa?

JULIA. ¡Con mucho gusto!...

VIUDA. ¡Ah! ¡Ricardito! ¡Ricardito!... Si me han engañado... ¡ay de tí! y ¡ay de ella!... (Sentándose.)

JULIA. (Dios de mi alma... ¡Estoy perdida!) (Yéndose por la izquierda.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoración del acto primero.

ESCENA PRIMERA.

LA VIUDA DE LÓPEZ y SALAZAR. La primera en el mismo sitio que ocupaba al final del primer acto, leyendo un periódico y acabando de beber un vaso de cerveza.

SALAZ. ¿Deseaba usted hablarme, señora?

VIUDA. ¿Es usted el brigadier de Marina, don Cárlos Salazar?

SALAZ. El mismo.

VIUDA. ¿Su mujer de usted le ha hablado de mí?

SALAZ. Cierto.

VIUDA. Pues usted dispense; pero no es á usted á quien yo necesito hablar: es á Ricardo Ruiz, ¿estamos?

SALAZ. Acaba de marcharse.

VIUDA. ¿Á Madrid?

SALAZ. Á Madrid.

VIUDA. ¿Antes ó después de que su señora de usted le haya dicho que yo le esperaba?

SALAZ. Antes.

VIUDA. Señor mío, ¿por qué usted, que, no miente nunca, se

viene ahora con esos embustes?

SALAZ. ¿Cómo sabe usted que yo no acostumbro á mentir?

VIUDA. Porque eso se conoce en la cara, y porque lo hace usted muy mal. Soy bastante lista para saber lo que ha ocurrido, y voy á decírselo á usted. Apenas ha sabido Ricardo que le buscaba una persona, y gracias á las naturales vacilaciones de su mujer de usted, ha comprendido que era yo quien le esperaba. Su primer pensamiento habrá sido escaparse, porque es cobarde y no le gusta el escándalo y la publicidad; pero como ustedes le veían y hasta era natural que le pidieran una explicación por mi visita, ha determinado quedarse; afrontar la situación y echársela de ofendido. Vendrá, en cuanto acabe de ponerse grave y melancólico para hacerme una comedia. ¿Estoy en ello? usted le conocerá hace mucho tiempo, pero yo le conozco mejor que usted. (Señalando á la derecha.) De fijo estará escuchando detrás de esa puerta, y mirándome por la cerradura. Vaya, sal pronto, hijo; usted perdone, mi brigadier si trato su casa como país conquistado, pero el asunto es grave, y es preciso que ese señor se explique conmigo. Cuando quieras. ¿Me equivocaba? (Abre la puerta primera de la izquierda y sale Ricardo enojado.)

ESCENA II.

DICHOS y RICARDO.

RIC. ¿Qué desea usted, señora?

VIUDA. ¿Te la echas de digno porque hay gente? Pierdes el tiempo. El señor sabe quien soy y conoce nuestra situación respectiva. No hay más que verle para conocer que es un hombre todo verdad, todo decencia Si tú fueras como él, no tendría yo necesidad de andar corriendo tras de tí.

SALAZ. Mil gracias, y permítanme ustedes que me retire. Están ustedes en su casa.

VIUDA. Si usted quiere quedarse, puede hacerlo. Por mi no hay inconveniente; pero por *él*, creo que es mejor que nos deje usted solos.

SALAZ. Mucho mejor. (Ap. á Ricardo. Vase por la primera puerta de la derecha.)

ESCENA III.

LA VIUDA DE LÓPEZ, RICARDO.

RIC. Ahora que estamos solos va usted á decirme con que derecho se ha permitido usted venir á buscarme á casa de unas personas que usted no conoce, para hacerme una escena ridícula é inconveniente. Felizmente para usted ha dado con una señora de esquisita educación y de extraordinaria bondad; otra, la hubiera arrojado á usted de su casa.

VIUDA. ¿Has concluído?

RIC. Y no me tutee usted aquí, en voz alta. ¿Por quién quiere usted que la tomen? ¿Olvida usted que vá á ser mi esposa?

VIUDA. ¡Eso está por ver todavía! y además, yo hablaré como se me antoje. ¿Quién es esa chica?

RIC. ¿Qué chica?

VIUDA. La que has traido á esta casa.

RIC. Es una niña.

VIUDA. ¿De quién?

RIC. De uno de mis amigos.

VIUDA. Que se llama...

RIC. Si hubiera querido dar su nombre, la hubiera reconocido.

VIUDA. ¡Ya! y eres tú el encargado...

RIC. De velar por ella en ausencia de su padre.

VIUDA. ¿Y por qué la has traído aquí?

RIC. Porque su padre, amigo también del señor de Salazar, ha suplicado á este que desde hoy se encargue de ella.

VIUDA. ¿Y por qué no me has hablado tú nunca de esa niña, ni de ese amigo?

RIC. Porque era un secreto.

VIUDA. Ya te figurarás que no creo una palabra de todo cuanto me dices.

RIC. No valía entónces la pena de preguntármelo.

VIUDA. ¡Yo quiero saber la verdad, la verdad completa!

RIC. Ya la he dicho.

VIUDA. Esa niña, es hija tuya. (Con entereza.)

RIC. Lo ha decidido usted. ¡Pues bien, es hija mía!

VIUDA. No trates de echarlo á barato. Te digo que es tu hija. ¿Dónde està la madre?

RIC. ¡Ha muerto!

VIUDA. Mentira.

RIC. ¡Pues vive!

VIUDA. ¿Te estás burlando de mí?

RIC. ¡Usted no quiere creerme, no es culpa mía!

VIUDA. ¿Por qué no me has confesado que tenías un hijo?

RIC. Porque no me ha parecido conveniente.

VIUDA. ¡Ah! ¿lo tomas de esa manera?

RIC. Lo tomo como debo con una mujer con quien no se puede hablar en razón, y que está siempre dispuesta á armar escándalos y á suscitar querellas y disputas como la gente ordinaria.

VIUDA. ¡Es verdad! ¡yo soy una cualquiera, una mujer ordinaria, como tú dices. Apenas si sé leer y escribir... y en cuanto á hablar, hablo como Dios quiere. He sido criada de una fonda... Cierto, pero hoy soy la Viuda de López y tengo tres casas en Madrid que me dan diez mil duros de renta. ¡Tú en cambio eres un caballero! un señor muy fino .. pero de aquí... (Señalando al corazón.) Dios guarde á usted muchos años!... Así sería poco más ó ménos la madre de la chica! ¿No es verdad que era una señorita muy fina y muy bien educada?

RIC. Probablemente.

VIUDA. ¿Y bonita?

RIC. ¡Muy bonita!

VIUDA. ¿Y la sigues viendo todavía? ¡Contesta, hombre contesta!

RIC. Ya he dicho que ha muerto.

VIUDA. Tu palabra...

RIC. Mi palabra...

VIUDA. ¡De honor!

RIC. ¡De honor!

VIUDA. ¿La querías mucho?

RIC. Sí.

VIUDA. ¿Mucho?

RIC. ¡Mucho!

VIUDA. Y... ¿Cuándo ha muerto?

RIC. Hace dos años.

VIUDA. ¿Cuando ya me conocías?

RIC. Exactamente.

VIUDA. ¿Y la visitabas?

RIC. Nunca. Estaba enferma y ni podía recibirme en su casa, ni salir de ella.

VIUDA. ¿De modo que tampoco podia ver á su hija?

RIC. Tampoco.

VIUDA. Tanto mejor. Ya ves lo que sufro. Tú me has engañado. Me has dicho que nunca habías amado á nadie y era mentira. ¿Y por qué no has cumplido con tu deber? ¿Por qué no te casaste con ella? ¿Era pobre acaso?

RIC. Una larga ausencia mia la hizo creer en mi abandono y á mi vuelta la encontré casada.

VIUDA. ¡Claro; como que te despedirías de ella á la francesa! Como que al ver el resultado de tus galanterías, echarías á correr diciendo «ahí queda eso.» ¡Los caballeros suelen portarse así siempre! ¿Y cómo ha sido bautizada la niña? ¿Cómo ha sido inscrita en el registro civil?

RIC. Como hija de padres desconocidos.

VIUDA. ¡Y tan desconocidos! ¡bonitos padres! ¿Y por qué no la has dado tu nombre, ya que no querías darle otra cosa?

RIC. Porque no podía reconocerla, sin comprometer á la madre.

VIUDA. ¿Y ahora es verdad todo eso?

RIC. Fácil es averiguarlo.

VIUDA. ¿Cómo?

RIC. Yendo al registro civil, y á la parroquia de San Sebastian. No hay más que buscar la fecha... once de Agosto de mil ochocientos setenta y ocho: y los nombres de Clara, María, Paulina.

VIUDA. Con que hace tres años que te conozco y en ellos no he podido adivinar nada de esto. ¡Eres listo y disimulado si los hay! ¿Qué confianza puedo yo tener en tí en adelante? ¿Qué va á ser de nuestra vida? ¿qué situación va á ser la nuestra?

RIC. Una situación insostenible; y por eso lo mejor que podemos hacer uno y otro es separarnos desde ahora para siempre. Existe entre nosotros una diferencia inmensa de caractéres y costumbres. Usted no ha de variar los suyos, y será siempre violenta, arrebatada y celosa; yo por el contrario, y suceda lo que suceda, se guardar ante todo las formas sociales. Usted es muy buena en el fondo; yo no olvidaré nunca lo que la debo, pero como no hemos de poder entendernos, y como en la sociedad á que yo pertenezco, hay delicadezas, exigencias y necesidades de educación y buen trato, que usted no comprenderá jamás, debemos evitar que una vez casados, no pudiendo entendernos, concluyamos por odiarnos.

VIUDA. Todo eso no me prueba más que una cosa; que no me quieres, ni me has querido nunca. Mi educación es mala, convenido; carezco de esa delicadeza que dices, conformes; pero si soy recelosa y violenta lo debo á tus continuas mentiras y á tu falta de lealtad y franqueza. Sabes el imperio que ejerces sobre mí; sabes lo que te amo, y haces de mí lo que quieres; pero no abuses, creéme, no abuses de tu poder, porque el día que yo llegue por culpa tuya á arrojarte de mi corazón... no te arriendo la ganancia. Nuestra boda es cosa decidida; toda mi fortuna es tuya hoy y el

día de mi muerte. Quiero probarte que con mala educación y malas maneras, pueden las gentes tener un corazón noble y honrado y que yo estoy conteuta con el mío. Concluyamos: ¿La madre de esa niña ha muerto realmente?

RIC. Ya he dado mi palabra.

VIUDA. Pues, bien; ve á buscarla y á casa en seguida. Yo me encargo de ella. Yo seré su madre.

RIC. ¿Usted? (Sorprendido.)

VIUDA. Sí, yo; no dirás que no te quiero; ¡y ya verás si sé ser madre! ¡Pues poco que me gustan á mí los chicos! Y no hay que hablar más de esto. No me caso contigo sino con la condición de que tu hija viva con nosotros.

RIC. Pero ¿á qué tomarse usted esa molestia? ¿Para qué imponerse semejante sacrificio?

VIUDA. Eso tiene gracia ¿y para qué causar esa molestia é imponer ese sacrificio á los extraños? Tú eres toda mi familia; yo soy toda la tuya; pues lo natural y lo decente es que tu hija sea la nuestra.

RIC. Ciertamente, pero...

VIUDA. ¿Pero qué?

RIC. La señora de Salazar encontrará muy extraordinario...

VIUDA. Que tú eduques á tu hija, y que yo al casarme contigo la acepte como mía? Lo extraordinario sería lo otro.

RIC. Francamente, yo creo que lo mejor para esa niña es que se quede aquí.

VIUDA. ¿Vamos, temes que la eduque mal? Descuida, tendrá los mejores maestros de Madrid. Hay dinero largo...

RIC. Sí, pero ¡qué diantre! No se viene á casa de unos amigos á pedirles que se encargen de una niña, para venir á recogerla dos horas después. Van á creer que yo no tengo voluntad propia y que se me maneja de cualquier modo. Es cuestión de amor propio.

VIUDA. No hay cuestión de amor propio que valga, y los seño-

res de Salazar aprobarán por el contrario que tú te lleves á tu hija desde el momento que yo consiento en ello. Además, me parece que en dos horas no la habrán tomado mucho cariño, y si tienen algún interés por ella se alegrarán de este desenlace que es una gran felicidad para la muchacha. (Se dirige á la derecha.) Y voy á explicárselo yo misma, puesto que tú no te atreves.

RIC. No hace falta. Ya que es un empeño, será forzoso acceder á él; tendrá usted á mi hija; y el día que se harte usted de ella la volveré á esta casa ó la llevaré á otra parte.

VIUDA. ¡Yo! ¿Pero por quién me tomas? ¿Crees acaso que aunque me hicieras todas las perrerías del mundo la iba yo á pegar con tu hija? ¡Qué cosas se le ocurren á estos señoritos! La educación servirá para saber tratar con las gentes y no decir ni hacer inconveniencias ni groserías, pero para tener buenos sentimientos y no hacer canalladas, no hace falta maldita. ¡Yo tratar mal á una pobre criatura que no tiene madre! ¡Aguarda! Ahora verás como lo arreglo.

RIC. Pero, ¿qué va usted á hacer?

VIUDA. ¿Qué hora es? La una. (Mirando el relój.) Perfectamente: una hora para ir á Madrid; otra para hacer lo que tengo que hacer...

RIC. ¿El qué?

VIUDA. ¡Lo que á tí no te importa!

RIC. ¡Me hace usted temblar!

VIUDA. ¿Temes que haga alguna barbaridad? Descuida. Otra hora para volver: estaré aquí entre cuatro y cinco en mi berlina, y nos llevamos en ella á la chica.

RIC. Hoy no...

VIUDA. ¿Por qué?

RIC. Porque Salazar, que parte mañana para Filipinas, me ha invitado hoy á comer, y yo he aceptado; no es cosa de decirle ahora que rehuso.

VIUDA. Es verdad. Comeremos aquí todos juntos: él me con-

vidará!

RIC. Lo dudo.

VIUDA. Yo sé lo que me digo: esta tarde, él y yo, seremos los mejores amigos del mundo. No te digo más. Quédate con tus amigos y anúnciales mi resolución. Á mi vuelta yo me disculparé con ellos por haberme marchado ahora sin despedirme, pero tengo prisa. Ya ves cómo voy aprendiendo á tratar á las gentes. ¡Adios; te quiero más de lo que tú mereces; veremos cómo me pagas; y en cuanto á esa pobre niña, desde hoy tiene ya en el mundo quien la quiera! (Se dirige resueltamente por el foro, y vuelve.) Tengo seca la garganta... (Bebe un poco de cerveza.) Hasta luégo... Vaya un día, señores, vaya un día!... (Vase.)

ESCENA IV.

RICARDO.

Por fortuna nada sospecha y todo se ha arreglado mejor que yo pensaba: ahora es indispensable hacer que Julia se resuelva á desprenderse de su hija: si no, ella está perdida y yo también.

ESCENA V.

RICARDO, JULIA entrando apresuradamente.

JULIA. Acabo de ver salir á esa mujer. ¿Por qué esta visita? ¿Qué es lo que quiere? ¿Qué ha descubierto?

RIC. Que yo soy el padre de Clara y nada más: pero para darme una prueba de cariño quiere encargarse de mi hija.

JULIA. Habrá usted rehusado... (Con temor.)

RIC. He consentido, é iba á noticiárselo á usted. No podía hacer otra cosa. ¿Qué razones darla? Mi sola vacilación la hubiera hecho adivinarlo todo.

JULIA. Esa niña está aquí, y aquí permanecerá. ¿No ha comprendido usted la extensión de mi cariño hacia ella

al verme aceptar con mi silencio su infame supercheria; y al no impedirle que sorprenda la confianza del más honrado y del mejor de los hombres? ¿Y usted cree, que después de este horrible esfuerzo, mi amor va á devolver á usted á mi hija, consintiendo en separarme otra vez de ella, y ahora para siempre, puesto que el dársela á su mujer de usted es condenarme á no verla nunca?

RIC. Yo se la traeré á usted de tarde en tarde...

JULIA. Inútil. Busque usted un medio. ¡Arregle lo que quiera, eso no es cuenta mía!

RIC. No hay medio posible. Todo lo que he podido conseguir es evitar que la Viuda de López la noticiara á usted, en vez de ser yo, la resolución que había adoptado y de la cual no se volverá atrás nunca. Reflexione usted un momento y comprenda que la situación es grave, y que se trata de su tranquilidad de usted, de su porvenir, por el cual me intereso, á pesar de la injusticia con que usted me trata. Aunque la viuda carece de educación, no la faltan ni penetración ni talento natural: he empezado por mentirla, pero obstinándose en no creerme, y por temor á un escándalo, ha sido preciso confesárselo todo, excepto lo que podía comprometer á usted, y bajo mi palabra de que la madre había muerto. Ahora bien; si ella adivina que esto no es cierto, y usted da imprudentemente á entender con su emoción ó su negativa que es usted la madre, ella supondrá que nuestra intimidad ha existido, después de mis relaciones con ella; creerá que va á existir después de mi matrimonio, y entonces no tendrá más que una idea; la de vengarse; se lo contará todo á Salazar: su marido de usted querrá en el acto batirse conmigo, y como este duelo será á muerte, yo haré todo lo posible porque él no me mate.¡ Cada uno para sí!

JULIA. ¿Pero hasta cuándo ha de ser usted el tormento y la desesperación de mi vida?

RIC. No soy yo, son las circunstancias. Créame usted. Empecemos por ganar tiempo. Una vez ausente su marido de usted, podremos temerla mucho ménos, y buscaremos algún recurso que nos salve.

JULIA. ¡Dios de mi alma! ¿y cuándo va á venir esa mujer á buscar á mi hija?

RIC. Hoy mismo, de cuatro á cinco de la tarde.

JULIA. Pero es preciso ante todo que yo prepare á Clara para este acontecimiento imprevisto, so pena de que ella misma se venda y me descubra. Lo que esta mañana ha hecho es superior á su edad y á sus fuerzas, y á la menor imprudencia suya, mi marido lo conocerá todo; y yo moriré de dolor y vergüenza, sin que mi muerte sirva para nada. Usted que tiene sangre fría, dominio sobre sí mismo, y que mira todas las peripecias de la vida por el lado práctico y positivo, busque usted á mi esposo y téngale alejado de este sitio todo el tiempo que yo necesite para hablar con Clara, y para que no pueda sorprender sus lágrimas ni las mías. Luego, y cuando la Viuda llegue, si usted puede obtener de ella que me la deje hasta mañana después de la marcha de mi marido, yo le quedaré á usted reconocida. En cuanto á las razones que usted haya de darla, usted las encontrará más fácilmente que yo, que tengo la cabeza loca! ¡Vaya usted, vaya usted pronto; es el único favor que le habré á usted pedido en mi vida, y será también el último; yo se lo juro!

RIC. Calma, Julia; sangre fría... ¡y cuente usted conmigo!

JULIA. ¡Gracias! (Vase Ricardo por la derecha.)

ESCENA VI.

JULIA, sola. Se sienta.

¡Estoy perdida... perdida! ¡irremisiblemente ó como mujer, ó como madre! ¡Oh! ¡qué pronto se pierde la dicha! Dos horas excasas hace que había empezado...

y ya creía yo que iba á ser eterna! y que por mis sufrimientos de siete años la merecía! Todo ha sido un sueño... ¡menos que es preciso salvar á mi hija! Qué yo sufra, puesto que he sido culpable... nada más justo... pero ella que es inocente... sería infame... ¡y no será! Yo no puedo entregársela á esa mujer que no la ama, que la aborrece quizá, y que se vengaría en ella tarde ó temprano de todo el mal que la hiciera su marido. ¡Oh! ¡ese hombre!.. ¡ese hombre!... ¿En qué estaba ocupada la misericordia de Dios, el día que nació? ¿Qué hacer? Pensemos. Huir con mi hija... ¡y él! y mi marido, que me ha dado su nombre, que cree en mí, que cuenta conmigo para el reposo de su vejez... á quien respeto... á quien amo, abandonarle... ¡deshonrarle!... ¡No! Ganar tiempo hasta su marcha, primero... Después, cuando él no esté aquí, cuando yo tenga por míos ocho ó diez meses... entonces veremos. Se trata de engañar á esa mujer... y yo no sabré nunca... ¡Vanidad humana! ¿No hace seis años que estoy robando con mi silencio la confianza del corazón más leal y más noble de la tierra? ¿Engañar una vez más qué importa? Además, se trata de mi hija; de mi hija que no me pidió nacer, y á la que debo sacrificar hasta lo que de mi honor me queda. Si yo, ya que no lo hice cuando debía, se lo confesara todo á mi marido... ¿Y si me desprecia?... ¿y si me arroja de su lado?... ¿y si muere de pena y de desesperación? ¡Además, contarle yo misma mi oprobio... mi deshonra... jamás tendré valor para ello! ¡Dios de mi vida! ¡Qué desdichada soy! (Oculta la cabeza sobre sus manos como para concentrar sus pensamientos. Solloza en silencio algunos segundos, levantándose de pronto.) Y paso el tiempo en pensar... en llorar... en temer!... ¿Es que hay fuerzas humanas que puedan ya separarme de mi hija, mientras viva? ¿Se trata acaso de mí? ¡Á ella es á quien hay que defender y salvar! En cuanto á mí... ¡Dios haga lo que quiera!... ¡Duer-

me aun el alma mía!... (Abre con tiento la puerta de su habitación y la cierra en seguida sin ruido.) ¡Dejémosla ser feliz!

ESCENA VII.

JULIA, CLARITA aparece y viene á besar á su madre por la espalda.

CLARITA. ¡Toma! (Dándola un beso.)

JULIA. ¿Te he despertado?

CLARITA. No. Acababa de abrir los ojos. ¡Qué bien he dormido, y qué dichosa era durmiendo en tu cama!

JULIA. Tanto mejor. Así habrás reparado tus fuerzas, de las que vas á necesitar. (Conmovida.)

CLARITA. ¿Qué tienes, mamá? ¿Qué te han hecho? (Mirándola fijamente.)

JULIA. ¡Tú no piensas más que en mí!

CLARITA. ¿Y en quién quieres que piense?

JULIA. Escúchame con atención. ¿Tú me has dicho que tienes valor y fuerza de voluntad?

CLARITA. Sí.

JULIA. Es preciso que nos separemos durante algún tiempo. Acostúmbrate á esta idea.

CLARITA. ¡Oh, nunca!

JULIA. ¡Es indispensable!

CLARITA. ¿Pero... volveremos á vernos?

JULIA. Y muy pronto. Yo te lo juro.

CLARITA. ¿Donde voy á ir?

JULIA. No importa donde, con tal que no estés aquí. Escúchame bien.

CLARITA. ¡Habla!

JULIA. Va á venir hoy una señora que tú no conoces; que va á casarse con don Enrique y que quiere absolutamente llevarte con ella.

CLARITA. ¡Yo no quiero!

JULIA. Ni yo tampoco; pero ni tú ni yo podemos oponernos á su deseo, sin hacer caer sobre mí los mayores peli-

gros. Forzoso es tener paciencia hasta mañana, ya ves que no es mucho, y más si, como es probable, no sales hasta mañana de esta casa: lo único que has de hacer es procurar ser muy amable con esa señora; aceptar todo lo que te ofrezca, y aparecer tan contenta y dócil, que obtengas con facilidad de ella que te permita permanecer conmigo hasta mañana. Recuérdalo bien, en pasando mañana ya no tenemos nada que temer de ella.

CLARITA. Y entonces...

JULIA. Entonces, como tú eres inteligente, como eres juiciosa... como me amas...

CLARITA. Sigue.

JULIA. Y como es preciso que no se sepa de tí en algún tiempo... y que yo misma haga creer que lo ignoro, tú saldrás de aquí sola, (puesto que nadie debe saber nuestro secreto) y te dirigirás á Madrid á casa de mi vieja nodriza, calle del Olivar, número ciento cuatro. No olvides estas señas, por si yo no puedo hablarte á solas de aquí á entonces. Es preciso preveerlo todo, comprenderlo todo.

CLARITA. Lo comprendo todo; está tranquila.

JULIA. Dejarás aquí una carta en la que dirás que no puedes vivir ni conmigo ni con esa señora; y como después de todo, ella no tiene ningún derecho sobre tí, te olvidará pronto y nosotras nos reuniremos. Yo me arreglaré de manera, cueste lo que cueste, que ya no nos separemos nunca.

CLARITA. Olivar, ciento cuatro; con una seña que me hagas echo á correr, tomo el tranvía y me voy á Madrid. ¿Cómo se llama tu nodriza?

JULIA. María Gutiérrez.

CLARITA. María Gutiérrez, voy á escribirlo.

JULIA. (¡Silencio!) (Al ver á Salazar que aparece por la derecha.)

ESCENA VIII.

DICHAS y SALAZAR.

SALAZ. ¿Tú has llorado? (Acercándose á Julia.)

JULIA. ¡Yo... no!

SALAZ. ¿Qué te pasa?... ¿qué tienes?

CLARTIA. Yo tengo la culpa: le he contado mis desgracias, y como es tan buena se ha echado á llorar.

SALAZ. Entra un momento en esa habitación, hija mía. Mi señora y yo tenemos que hablar.

JULIA. (¿Qué es esto?)

CLARITA. Hasta luego...

SALAZ. Hasta la vista, hija mía. (Clarita sale enviando un beso á Julia, que ve Salazar sin que ellas lo noten. Movimiento en él. Pausa.)

ESCENA IX.

JULIA y SALAZAR.

SALAZ. (Arreglando cartas y papeles sobre una mesa, y con aire indiferente, observando sin cesar á Julia.) ¿Te ha dicho Ricardo que su futura consiente en tener á esa niña en su casa?

JULIA. ¿Cómo lo sabes?

SALAZ. Acaba él de decírmelo, encargándome que le excuse contigo, y que te haga comprender lo natural de aquel deseo.

JULIA. (¡El miserable se niega á ayudarme!) En efecto, me ha dado esa noticia.

SALAZ. Es lo mejor que podía suceder, para esa niña.

JULIA. ¿Y crees que será dichosa con ese padre que no la ha querido nunca, y con esa mujer que jamás la ha visto? ¿Quién sabe si esa mujer mal educada, irascible, celosa, no se la quiere llevar para martirizarla?

SALAZ. No, la Viuda de López no es una mujer mala. Solo la he hablado dos minutos, y así como no te respondería

de su carácter, creo poder responderte de su buen corazón.

JULIA. Clara tiembla sin embargo á esa idea. De eso hablábamos cuando has entrado. Ruíz me había suplicado que la enterara de esa resolución: y desde mis primeras palabras, los ojos de esa niña se han anegado en lágrimas, y con tus cariñosas y vehementes palabras, superiores á su edad, me ha pedido que la conservaramos á nuestro lado, que yo no he podido menos de conmoverme y prometerla que te suplicaría intercedieras por ella con su padre.

SALAZ. Es imposible. La Viuda ha puesto esa condición á su matrimonio con Ricardo. Acaba él de decírmelo; y creéme, esa mujer llegará á amar de veras á la niña. Esas naturalezas incultas y bravías son capaces de todos los excesos, tanto para el mal como para el bién. Los séres temibles son aquellos que no tienen en su alma fibra que responda á los grandes sentimientos, ni á la sideas sublimes. Sin fé en algo, sin entusiasmo por nada, sin más idea en la vida que la práctica material de lo ventajoso, de lo conveniente y de lo productivo, el hombre no es más que una máquina miserable, más inútil, puesto que es menos perfecta que las mismas máquinas inventadas por él, para ahorrar tiempo y trabajo. La presencia de esta niña hubiera sido una gran distracción para tí, pero también una gran responsabilidad para nosotros; responsabilidad que yo aceptaba de buen grado, pero que es mucho mejor que otro la acepte. La Viuda de López es más rica que nosotros, no tendrá ya hijos probablemente, y la fortuna de esa niña está tal vez en sus manos. Nosotros, además, no podemos oponernos á la voluntad de su padre: nos la ha confiado esta mañana; nos la quita esta tarde, está en su derecho y cumple con su deber. Como esta es quizá la vez primera, no debemos estorbárselo.

JULIA. (Pausa.) Todo eso es muy justo. ¿Pero y si Clara no

quiere irse con esa mujer? (Animándose por grados.)

SALAZ. ¡Forzoso será que se resigne!

JULIA. ¿Qué título invocará Ruíz para ello?

SALAZ. Que es su padre.

JULIA. ¿Qué pruebas tenemos? ¡Ni siquiera le ha dicho su verdadero nombre!

SALAZ. ¡Ha cuidado de ella hasta hoy!

JULIA. ¿Lo sabemos de cierto acaso?

SALAZ. No conocemos á esa niña más que por él; y por pocos que sean sus derechos sobre ella, siempre serán más que los nuestros.

JULIA. (Á pesar suyo) ¡Ese hombre será causa de una desgracia!

SALAZ. ¿Por qué? (Observándola cada vez con más fijeza.)

JULIA. Porque Clara me decía hace un instante, que preferiría mendigar de puerta en puerta, á vivir con don Enrique, como ella le llama, y con esa mujer desconocida para ella. Los niños tienen intuiciones y presentimientos, y adivinan hasta lo que no comprenden: tú mismo opinas lo que yo, puesto que no has querido hablar de esto delante de ella. Es sensible, es afectuosa, no ha podido tener hasta hoy expansiones con nadie, y una emoción demasiado violenta puede matarla. ¡Pobre criatura! ¡Ha tenido una infancia tan triste y tan abandonada! ¡Mira su rostro pálido, sus ojos melancólicos, y observa como la desgracia precóz ha desenvuelto su inteligencia y su sensibilidad! Piensa lo que es no tener padres y vivir con gentes ignorantes y groseras que no veían en ella más que un salario que ganar y que se la hubieran vendido á esa mujer que espiaba á su futuro marido, si este no hubiera tenido la idea de traérnosla. Y ese infame, más venal todavía que esos mercenarios, vende hoy á su hija, á su sangre: y tú, tú, el mejor de los hombres lo encuentras muy sencillo y natural, y no defiendes contra ese miserable, á ese ser indefenso que empezaba á respirar, y cuyo infantil corazón, oprimi-

do durante tanto tiempo, comenzaba á latir y á nacer. ¡Y no hay justicia en el mundo para impedir tales infamias!

SALAZ. (Poniéndola la mano en el hombro y mirándola frente á frente.) ¡Julia, esa niña es tu hija!

JULIA. (Con un grito desgarrador.) ¡Ah! (Arrojándose en sus brazos. Gran pausa.)

SALAZ. (¡Dios mio!) Está bien. ¡No saldrá de aquí!

JULIA. ¿Qué? ¿qué dices? (Retrocediendo.) ¡No saldrá de aquí! ¿No me aborreces á mí? ¿no la rechazas á ella? ¡Tú me perdonas.

SALAZ. Á mí no me has ofendido... yo no te he preguntado nada al darte mi mano. Mejor hubieras hecho en confiármelo todo entónces, en tu interés y sobre todo en el de tu hija. ¡pero yo, nada tengo que perdonarte!

JULIA. Sí; yo hubiera debido decirte como fuí vil y cobardemente engañada; yo debí confiártelo todo... pero era madre!... quería serlo y temí que me obligaras á renegar de mi hija! ¡No te conocía entónces lo bastante! ¡Perdón, perdón! ¡Yo te lo contaré todo, y luego harás de mí lo que quieras!

SALAZ. Sé ya cuanto debo saber.

JULIA. ¿Tú no exiges que yo te haga mi confesión completa... que yo me humille á tus plantas... que yo arrastre mi frente manchada por la culpa y surcada por el remordimiento?

SALAZ. ¿Si lo has hecho ya muchas veces ante el tribunal de la penitencia, he de querer ser yo mejor juez que el que ya te ha perdonado?

JULIA. ¿Es acaso que me desprecias?

SALAZ. ¡Es que te compadezco!

JULIA. ¡Oh! yo preferiría tu cólera. Tú vas á dudar de cuanto te he dicho y de todo lo que te diga. ¡No, por Dios, Cárlos! ¡Yo te juro que no fuí criminal voluntariamente... que no consentí en mi propio envilecimiento! ¡Por mi parte sólo hubo ignorancia... imposibilidad de defensa por una fiebre que me consumía! ¡Por

parte suya... engaño... atentado... violencia! ¡Oh! ¡cobarde y maldito! ¡Traición primero; abandono después! Mi padre habia muerto; mi madre, perdida casi por completo la razón, no podía defenderme primero, ni vengarme después. ¡Si yo no me dí la muerte entonces es porque debía vivir para mi hija! Era mi deber; pero también lo era haber rechazado la mano que tú me tendías, puesto que no era digna de ella, ó haber confesado la verdad á tu honor y á tu ternura. ¡No lo hice por miedo... y soy, por lo tanto, una mujer culpable cualquiera... sin perdón ni disculpa! Yo pensaba en decírtelo después, todos los días... y no te lo decía... y te engañaba; porque tú creías estar sólo en mi corazón, y ella estaba contigo. Apenas te ausentabas de mí... yo iba á verla... pero te juro que jamás se me ocurrió la idea de traerla á esta casa. Ha sido ese hombre, al que yo no había vuelto á ver hace más de siete años, que ha venido aquí esta mañana, amenazándome con enviar á mi hija á América, si yo no consentía en su proyecto... ¡Ya te lo he dicho todo, como se lo he dicho á Dios mil veces... y ahora ya soy felíz... ahora me encuentro regenerada... senténciame ahora! ¡castígame como quieras!

SALAZ. ¡Pobre criatura! que has sufrido... que te humillas y que imploras, ¿de dónde he de adquirir yo el derecho de castigarte?

JULIA. ¡Ah! tú eres demasiado noble, y me aniquilas bajo el peso de tú inmensa generosidad. ¡Yo no te comprendo, pero te admiro, te bendigo y te amo! ¡Tú me devuelves mi hija! ¡Tú me permites que la abrace delante de tí! ¿Qué es lo que yo haría por tí en cambio de esto? ¡Si tú supieras qué hermoso es lo que hoy haces! ¡Si; tú me ayudarás á olvidar mi falta!... ¡yo sola no podría olvidarla nunca! (Salazar la oprime con una mano contra su pecho, mientras con la otra se limpia los ojos.) ¡Tú también sufres! ¡Tú creías en mí y yo te he hecho mucho daño! ¡Pero me tienes en tus brazos y

me tratas como siempre! ¡Qué orgulloso debes estar de ser tan noble y tan grande!

SALAZ. ¿Cuando me casé contigo, no te prometí ayuda y protección en todas las circunstancias de la vida? Tú no has dudado de ello, puesto que tu primer movimiento ha sido echarte en mis brazos. Has hecho bien; en ellos está tu refugio y tu salvación, y yo cumpliré el juramento que te hice ante Dios. Quieren arrancarte tu hija. ¡Es una infamia! ¿Eres buena madre? ¡Yo te ayudaré á serlo!

JULIA. ¡Yo también te había hecho un juramento!...

SALAZ. De obediencia y de fidelidad. Desde que me hiciste ese juramento, has atentado acaso á mi honor y al tuyo?

JULIA. ¡No; jamás! ¡ni con el pensamiento!

SALAZ. No te resta más que obedecerme, y le habrás cumplido por entero.

JULIA. Manda.

SALAZ. ¿Tienes la partida de bautismo de esa niña?

JULIA. Sí... allí... (Señalando á su cuarto.)

SALAZ. ¡Dámela; y después ni una sola palabra de cuanto ha pasado entre nosotros, á nadie en el mundo, sea quien sea!

JULIA. ¿Qué vas á hacer?

SALAZ. No temas. ¿Tu honor y tu reputación son sagradas para mí? ¡Yo haré... lo que debo!

JULIA. ¿Y yo?... ¿qué debo hacer?

SALAZ. ¡Tú!... ¡ve á abrazar á tu hija!

JULIA. ¡Bendito seas! (Cayendo arrodillada. Movimiento de Salazar. Ella sale: él permanece un momento inmóvil; se dirige á la mesa, se enjuga los ojos y se sienta á escribir. Cae el telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoración de los actos anteriores.

ESCENA PRIMERA.

MONLEÓN, el CRIADO, después SALAZAR.

CRIADO. Tenga usted la bondad de esperar un momento mientras paso recado al brigadier. ¿Á quién debo anunciar?

MONL. Al señor de Monleón, notario.

CRIADO. Aquí está el señor brigadier. (Saluda y se dispone á salir.)

SALAZ. No salgas ahora de casa, Juan; tal vez te necesite.

CRIADO. Bien, mi brigadier.

SALAZ. Si la señora que vino esta mañana, vuelve, la harás entrar aquí sin avisar á la señorita; y si encuentras al señor de Ruiz, que debe estar por el jardin, condúcele aquí.

CRIADO. Bien, mi brigadier. (Vase.)

ESCENA II.

SALAZAR y MONLEÓN.

SALAZ. Perdóneme usted, mi querido amigo, sí he tenido

que cometer un secuestro, mandándole á usted mi coche á su casa con mi carta urgentísima, por la gravedad del caso. Yo hubiera debido como es razón y costumbre ir personalmente á su despacho, pero salgo mañana para Filipinas, y mis ocupaciones hoy son innumerables.

MONL. Dónde quiera que yo vaya, va conmigo mi profesión. Dígame usted de que se trata.

SALAZ. Se trata de extender el acta ó documento preciso para recenocer á un hijo.

MONL. ¿Prohijar á un niño ajeno, ó reconocer un hijo natural?

SALAZ. Reconocer á un hijo natural.

MONL. Nada más sencillo.

SALAZ. ¿Qué formalidades se necesitan?

MONL. Si el padre es soltero y mayor de edad, ninguna más que su deseo; si es casado necesita el consentimiento de su mujer, puesto que una vez reconocido el hijo, viene á compartir los derechos de los hijos legítimos que haya ó pueda haber en el matrimonio.

SALAZ. Perfectamente.

MONL. ¿Cómo ha sido inscrito ese niño en el registro, y en la oficina parroquial?

SALAZ. Como de padre y madre desconocidos.

MONL. Supongo que en ese documento no intervendrá para nada la madre, caso de que exista; pero debo prevenir á usted, que ella por su parte puede también el día que quiera, reconocer á su hijo y atacar tal vez, si tiene razones para ello, el reconocimiento del padre. Esto no impide que nosotros podamos extender el documento, y que usted lleve á cabo su propósito; pero es mi deber prevenir á usted las contingencias del acto.

SALAZ. La madre no atacará el reconocimiento: tanto más cuanto que nunca se dará á conocer.

MONL. ¿Tiene usted corriente los documentos?...

SALAZ. Aquí está la partida de bautismo, y la certificación

del Registro. (Entregándole los papeles que Moleón recoge.)

MONL. (Leyendo.) «Bauticé solemnemente... á una niña á quien puse los nombres de «Clara... María... Paulin...» Registro civil... fecha once de Agosto de mil ochocientos setenta y nueve...» están en regla. ¿Cuándo quiere usted que extendamos el acta?

SALAZ. Inmediatamente. Es de suma urgencia.

MONL. He traído papel sellado como usted me encargaba en su carta y podemos ahora mismo. (Se sienta en la mesa y escribe.) El nombre del padre, será el de usted, porque supongo...

SALAZ. Déjelo usted interinamente en blanco.

MONL. ¡Ah! Debo hacer observar á usted que para la validez del documento, es preciso que yo esté asistido de otro notario, ó de dos testigos mayores de edad, y en el pleno goce de sus derechos civiles.

SALAZ. Tenemos aquí los dos testigos. Sírvase usted extender el documento, mientras yo hablo con este caballero. (Al ver á Ricardo que entra.)

ESCENA III.

SALAZAR, MONLEÓN escribiendo, y RICARDO.

RIC. ¿Me llamaba usted, señor de Salazar?

SALAZ. (Después de una pequeña pausa, en la que se ve el gran esfuerzo que hace para dominarse.) (¡Calma!) Sí... te necesi taba... (Ricardo observa con extrañeza la fisonomía de Salazar.) He hablado con mi mujer...

RIC. ¿Y la ha convencido usted?

SALAZ. No; las mujeres suelen tener ideas raras; y como le ha sido tan simpática tu hija, se niega terminantemente é entregársela á tu futura esposa.

RIC. Es incomprensible; y supongo que para fundar esa negativa, habrá dado alguna razón...

SALAZ. Sí; y sus razones no son malas. Se funda, en primer lugar, en que tú no quieres á esa niña.

RIC. ¿Cómo puede saberlo?

SALAZ. Clara sólo te llama don Enrique. Tú no la has visto más que cinco veces en siete años; se la ocultabas á la que va á ser tu mujer, y sólo la has traido hoy aquí para ocultarla más aún; mejor dicho, para librarte de ella, las cosas claras. Como tú no quieres llevártela más que porque la Viuda de López impone esa condición á vuestro proyectado matrimonio, y esa niña representa para tí hoy diez mil duros de renta, cree mi mujer, y cree muy bien, que el día que por cualquier circunstancia exigiera de tí tu esposa que arrojaras de tu casa á tu hija, tú la arrojarías con la misma facilidad que la has abandonado casi, durante siete años, y que la dejabas aquí con nosotros esta mañana. Y como cree, y sigue creyendo muy bien, que esa niña será más felíz aquí que con cualquiera otra persona, sea la que sea, está resuelta á no entregársela á nadie.

RIC. Aunque todo eso fuera cierto, que está muy lejos de serlo, no serían más que razones particulares; pero en contra de estas razones, están mis derechos.

SALAZ. Tus... (Dios mío!... Calma hasta el fin...) Tus... derechos... ¿Cuáles?

RIC. Yo soy su padre.

SALAZ. Y ¿dónde están las pruebas?

RIC. Yo lo digo.

SALAZ. Esa no es una prueba irrefutable... ni socialmente siquiera; mucho menos en el terreno legal. Siendo esa niña hija de padres desconocidos, lo mismo puede ser tuya, que de otro cualquiera.

RIC. Es decir... que usted se hace cómplice. .

SALAZ. Cómo... ¿has dicho? (Con un ademán terrible.)

RIC. ¿Que usted aprueba esa determinación de su esposa y la ayuda á llevarla á cabo?

SALAZ. Yo no comprendo más que una sola cosa, á la cual se sujeta todo hombre honrado: el deber. Sean las que quieran las circunstancias, para mí sólo se trata

en este momento de juzgar cuál es el mío. ¿Debo yo conservar á mi lado y puedo hacerlo, á una niña sin padres, ó debo devolvérsela al extraño que me la ha traido, y que después de no haber visto en ella más que un estorbo, hoy ve en ella un buen negocio? Evidentemente mi deber es guardar y defender á esa huérfana, á menos que tú, puesto que afirmas ser su padre, no la dés tu nombre, reconociéndola legalmente, y adquiriendo entonces por la ley los derechos que hoy me dan mi deber y mi conciencia.

MONL. He concluido, señor de Salazar.

SALAZ. Soy con usted al momento.

RIC. Reconocerla... eso, como usted comprende, es muy grave. ¿Qué diría mi mujer?

SALAZ. Asunto es ese que ni á mí, ni á mi esposa, ni á la niña nos interesa. Es sólo cuenta tuya.

RIC. Esperemos á que venga.

SALAZ. ¡Imposible! El señor notario espera... Juan y yo seremos los testigos. Es cuestión de cinco minutos. Puesto que la Viuda consiente en encargarse de esa niña... ¡mejor la admitirá llevando tu nombre!

RIC. No es lo mismo un hijo reconocido, que un niño recogido... el reconocimiento crea derechos fatales para los negocios... para las herencias. Hasta nueva orden, yo estoy á la disposición de la Viuda de López... esperemos su vuelta...

SALAZ. (¡Qué fácil me parece hoy ahogar á un hombre con mis propias manos!) ¿Esa es tu resolución?

RIC. Una hora más ó menos, ¿qué importa?

SALAZ. ¡Basta! (Con voz enérgica.) ¿Está ya, señor Monleón?

MONL. Concluido... (Dejando de mirar por la ventana, lo que hacía para no oir la conversación.)

SALAZ. ¡Juan! (El Criado entra.) Llama á la señorita.

RIC. (¿Qué es esto?) (Juan ha abierto la puerta de la derecha. Julia entra.)

ESCENA IV.

DICHOS, JULIA, que se sienta.

SALAZ. (Á Juan.) No te vayas. (Juan se inclina.) Mi querido amigo, ¿quiere usted leer el documento que acaba usted de redactar? (Al Notario.)

MONL. «Ante mí, don Andrés de Monleón, notario... etc., ha comparecido...» he dejado el nombre en blanco por indicación de usted.

SALAZ. Escriba usted el mío «Cárlos Salazar y Oteiza: cincuenta años; brigadier de Marina...» Ahí tiene usted mi cédula. (Entregándosela.)

MONL. Ya está; «ha comparecido etc., el cual por este acto, voluntaria y libremente, reconoce por su hija natural á Clara, María, Paulina...»

RIC. ¿Cómo? (Estupefacto.)

SALAZ. ¡Silencio!

MONL. «Nacida en Madrid el once de Agosto de mil ochocien»tos setenta y nueve, y bautizada en la parroquia de »San Sebastián, é inscrita en el Registro civil como »hija de padres desconocidos. En consecuencia, don »Cárlos de Salazar y Oteiza consiente en que la dicha »Clara María Paulina lleve en adelante el apellido de »su padre, llamándose Clara María de Salazar, y de »este modo se amplíe la certificación del Registro, y »adquiera todos los derechos que las leyes la conce»den ó puedan concederla, con arreglo á justicia. Do»ña Julia de Vargas, esposa legítima de don Cárlos de »Salazar, da su consentimiento y firma con los pre»sentes...» ¿No es eso?

JULIA. Sí, señor... (Después de mirar á Salazar. Ambos firman.)

MONL. Los nombres de los testigos...

SALAZ. Juan Guerrero... sargento retirado de infantería de marina...

CRIADO. ¡Cómo! ¡mi brigadier me hace el honor!

SALAZ. Firma, amigo mío. Yo soy quien te agradezco el favor que vas á hacerme. (Firma el Criado.)

MONL. ¿El señor es el segnndo testigo? (Por Ricardo.)

SALAZ. Sí.

RIC. ¡Yo! ¿Qué quiere decir esto?

SALAZ. (Cogiéndole por la muñeca y en voz baja y terrible.) (Esto quiere decir, miserable, que como Clara es hija de mi esposa, no debe tener más padre que yo! ¡Firma!)

RIC. (¡Sea! ¡pero nos veremos!)

SALAZ. (¡Inmediatamente!)

JULIA. (¡Cárlos!) (Acercándose á Salazar aterrada.)

SALAZ. (¡No temas!) (Ricardo firma.)

MONL. «La lectura del presente documento y su firma por «don Cárlos de Salazar, se ha verificado en presencia «de los testigos y de doña Julia de Vargas, su esposa, «los que conmigo firman, etc...» Hemos terminado. Cuando usted guste, señor de Salazar, puede pasarse por la notaría, ó encargar persona que recoja la primera copia y estos documentos originales.

SALAZ. Julia; yo te doy gracias públicamente por haberme ayudado á cumplir con mi deber, y por dignarte admitir en tu casa á esa criatura abandonada por mí hace siete años. Que en adelante mi hija sea la tuya... ¡Gracias, señor de Monleón!

MONL. (Dándole la mano.) Siempre á sus órdenes, señor de Salazar.

SALAZ. Juan, puedes retirarte. Julia, vuelve al lado de Clara. .

JULIA. ¡Cárlos! .. (No queriendo irse.)

SALAZ. (¡Ve tranquila!) (Vase Julia.)

ESCENA V.

SALAZAR, RICARDO.

RIC. ¡Gracias á Dios! Aquí me tiene usted.

SALAZ. Lo cual quiere decir...

RIC. Que estoy dispuesto á dar á usted la satisfacción que me exija.

SALAZ. ¿Con las armas en la mano?

RIC. ¡Cómo usted quiera!

SALAZ. Tengo mi cuerpo acribillado de heridas, y habiendo dado muerte á muchos valientes que en nada me habían ofendido, figúrate lo que me costaría librar á la tierra de un reptil de tu especie; pero tu muerte, ó la mía, en un duelo, comprometería á una mujer que me es sagrada, y el mundo... es decir, los indiferentes... los curiosos y los calumniadores, supondrían ó adivinarían lo que sólo debe ser conocido por nosotros tres. Ella, tú y yo... y respecto á mí, ¡yo ya lo he olvidado! Por lo demás, tú no me estorbas á mí para nada en el mundo. Tal vez no nos encontremos nunca, y si eso sucede, ni yo me dignaré conocerte, ni tú te atreverás á saludarme. Dos palabras aún. Cuando esa mujer venga, yo la recibiré: y como ella, sobre todo, fíjate bien, debe ignorar la verdad, yo la explicaré el asunto de modo que parezca que te estoy agradecido. Tú me has dicho que habías empezado por decirla que esa niña era hija de un amigo tuyo. Ese amigo... seré yo. Por salvar el honor de la mujer á quien tú sedujiste, mentiré por vez primera en mi vida. En cuanto al castigo que mereces... estoy tranquilo... ¡Dios se encargará de dártelo!

RIC. ¿Quiere usted que le diga lo que siento? Todo esto está tan fuera de los usos sociales... que no comprendo...

SALAZ. Ni lo comprenderás nunca. Tú y yo... no hablamos el mismo idioma, ni somos de la misma especie; y como yo no he de batirme nunca contigo, suceda lo que suceda, evita que tus labios comiencen á pronunciar la menor palabra que atente á mi honra... porque no acabarían de pronunciarla. Ahí está esa mujer, (Mirando por la ventana.) pasa á esa habitación y déjame con ella. Está dispuesto á ofrecerla tu brazo cuando salga, que será lo más pronto posible. Puedes escuchar como acostumbras detrás de la puerta para no

desmentirme. Ni una palabra más... Desde este momento no existes para mí en el mundo. (Ricardo entr en la puerta derecha.)

ESCENA VI.

SALAZAR, la VIUDA DE LÓPEZ por la izquierda.

VIUDA. ¿Es usted, señor de Salazar? ¿y Ricardo, no está?

SALAZ. No está lejos; vendrá en seguida.

VIUDA. Ya le habrá á usted dicho que vengo de acuerdo con él, á llevarme á Clarita en este momento.

SALAZ. Siento en el alma que se haya usted molestado en volver á honrar mi casa con ese objeto. Clara se queda con nosotros.

VIUDA. ¡Qué tontería! No lo crea usted. Cuando á mi se me pone una cosa en la cabeza, no me detiene nada. Salí de aquí antes resuelta á llevarme á la niña por mí interés y por el suyo: pero cuando he averiguado que Ricardo había vuelto á mentirme, me he dado más empeño, y lo que tal vez no hubiera hecho hasta dentro de algunos días, acabo de hacerlo en este momento.

SALAZ. ¿Y cuál era esa nueva mentira?

VIUDA. Decirme que la madre de Clara había muerto...

SALAZ. ¡Ah!

VIUDA. Pero como yo soy una mujer prevenida, y con los hombres toda precaución es poca, mientras que le seguía aquí esta mañana, mandé con dinero á una persona de mi confianza á Pinto, para que interrogara á las gentes en cuya casa estaba la niña, y al llegar yo á Madrid, ya me esperaba mi mensajero. Aquellas gentes furiosas porque se habían llevado la niña sin explicarles nada, y probablemente sin pagarles su silencio tan generosamente como esperaban, han cantado de plano, y han dicho que no sólo no había muerto la madre, sino que solía ir muy á menudo, aunque hace ya dos meses que no ha vuelto.

SALAZ. También han debido decir que Ricardo no iba nunca con ella.

VIUDA. Ya lo creo que lo han dicho; y que en siete años sólo ha ido á ver á la chica cinco veces. Pero eso no prueba nada, porque padre y madre podían estar de acuerdo para desorientar á las gentes. En fin, todo eso me tiene sin cuidado; lo que hay de positivo es que la madre es una señora del gran mundo: muy guapa, muy fina, y que quiere mucho á la niña: mejor, así podré conocerla y decirla cuántas son cinco, pues ahora si quiere verla, tendrá que ir á mi casa, á mi casa, que para eso soy su madre.

SALAZ. No la comprendo á usted.

VIUDA. Pues es muy sencillo. Asi como las leyes permiten á los que tienen hijos fuera de matrimonio, no reconocerlos si no quieren, así permiten á los que no los tienen reconocer los de otros. Y de eso vengo, de reconocer como hija mía á Clara María Paulina. He pasado á los ojos de la curia por una bribona, pero como yo sé que no hay nada de eso, me encuentro con una hija, sin haber hecho nada malo para tenerla.

SALAZ. Pues amiga mia, lo que usted ha hecho es un disparate; y ese reconocimiento no sirve para nada.

VIUDA. ¿Por qué?

SALAZ. Porque es falso; y porque el padre la negará á usted legalmente la maternidad que ha declarado.

VIUDA. Que Ricardo me acusará á mi de falsedad por eso?... se guardará muy bien.

SALAZ. No se trata de Ricardo, puesto que él no es el padre de Clara.

VIUDA. ¿Que Ricardo no es el padre?... Si él mismo me lo ha dicho.

SALAZ. Después de haberla dicho á usted antes que Clara era hija de un amigo suyo.

VIUDA. Eso es lo que es falso.

SALAZ. Eso es lo que usted no ha querido creer: entonces se le ha ocurrido castigar los celos y las sospechas de

usted y la ha contado á usted una historia en que no hay una palabra de verdad. Para concluir. Ricardo no ha hecho más que hacer un favor á un amigo suyo, encargándose de ver á esa niña de cuando en cuando, y ocultando hasta su nombre verdadero para guardar mejor el secreto que se le había confiado.

VIUDA. ¿Y ese amigo?...

SALAZ. ¡Soy yo!

VIUDA. ¿Usted?... y ¿cuál es la prueba de todo eso?

SALAZ. La prueba es que acabo de reconocer á mi hija.

VIUDA. ¿Usted la ha reconocido?

SALAZ. Hace media hora: y precisamente uno de los testigos que han firmado el acta notarial del reconocimiento, ha sido Ricardo.

VIUDA. ¡Ave-María Purísima! Entonces yo estoy comprometida y desacreditada á los ojos de todo el mundo. Francamente, yo he podido transigir conque me creyeran madre:.. habiendo sido cómplice del que va á ser mi marido... pero de otro, aunque sea usted... ¡francamente, que no me hace gracia!

SALAZ. Yo no diré nada á nadie... (Esforzándose por sonreir.)

VIUDA. Exceptc á su mujer de usted, porque es preciso que sepa que yo soy inocente, y que no he tenido nada que ver con ese gatuperio. Ricardo lo sabe, pero si esto se divulga tampoco le hará gracia. ¡Vaya una historia! ¡Qué cosas pasan en el mundo! Si me hubieran dicho ayer que usted y yo habíamos tenido un hijo sin conocernos, no lo hubiera creido. Y vaya usted atando cabos. Por un documento declaro yo que esa niña es hija mía; por otro firma usted que es suya, y aunque ahora demos nuestra palabra, y juremos una y mil veces que no es cierto, nadie nos dará crédito y desde hoy hasta los siglos de los siglos resultará que los dos somos los autores de esa aventurilla. ¡Fíese usted de las apariencias y del Registro civil! ¿Pero, hombre, Ricardo que me conoce y que sabía el asunto, por qué no ha dicho toda la verdad, para evi-

tar que yo hiciera un disparate?

SALAZ. No era secreto suyo, y yo le había hecho jurar que nunca pronunciaría mi nombre.

VIUDA. Pero ¿por qué ha traido él entonces esta mañana á la niña, cuya existencia quería usted ocultar y había ocultado siempre á su mujer?

SALAZ. Porque antes de emprender mi largo viaje, quería descubrírselo todo; alcanzar mi perdón, y contando con el cariño y la bondad de mi esposa, reconocer legal y públicamente á mi hija! y eso es lo que ha susucedido.

VIUDA. ¡Vamos! ¡Me han engañado ustedes como á un chino; pero, en fin, si Ricardo había jurado el secreto, y le ha guardado, ha hecho bien. Eso me prueba que es un hombre formal y discreto; que tiene cualidades de persona decente, y que sabe ser hombre de bien cuando hace falta!

SALAZ. ¡Veo que le quiere usted mucho!

VIUDA. ¡Es ridiculo á mi edad y con mis circunstancias, lo conozco! ¡Pero todo tiene en el mundo su razón de ser! Yo no he tenido nunca familia; he trabajado toda mi vida como una negra, y al encontrarme ahora rica y ociosa, por un milagro de Dios, he visto que mi corazón necesita amar á alguien. La mujer, tarde ó temprano, no puede vivir sin amar, y ahí tiene usted por qué hay tantas mujeres á cierta edad que, huyendo de los disgustos y los petardos que dan los hombres, se dedican á amar á los gatos, á los perros, á los pájaros, ó á las novenas y sermones de su parroquia. Yo no me puedo contentar todavía con eso, y tengo la debilidad de querer á ese hombre. ¡Qué le hemos de hacer! Yo sé que tengo muchos defectos; que hablo muy alto, que me exaspero fácilmente, y que tengo mal carácter; pero en el fondo, créame usted, no soy mala. ¡Hay una cosa que me saca fuera de juicio, y son las mentiras; no lo puedo remediar! Yo digo siempre lo que pienso, y el pan pan y el vino

vino. Cuando he descubierto que la madre de esa chica vivía, después de jurarme Ricardo que había muerto, mi única idea ha sido la de vengarme de los dos; pero cuando he ido al Registro y he visto esa certificación, con la palabra: «*hija de padres desconocidos*,» seca y helada como una partida de difunto... he recordado mi nacimiento y mi infancia... peores aún que la suya, me he enternecido por esa chica á quien yo no he visto nunca y á quien aborrecía media hora antes. ¡Qué quiere usted... yo soy así... una mujer muy rara! ¿no es cierto? Y me he ido á una porción de tiendas, y lo he traido en mi coche, abajo los tengo, muñecas, y vestidos, y pendientes, y una porción de cosas. ¡Dígala usted que venga, brigadier; déjeme usted que la dé todo eso, que yo vea á mi hija, no á nuestra hija, puesto que es de los dos, y luego me iré, para no volver más! ¡Mire usted que salir ahora con que yo he tenido aventuras de esa clase sin comerlo ni beberlo... tiene gracia!

SALAZ. ¡Usted lo que es... es una buena mujer!...

VIUDA. ¡Demasiado viva!... ¡demasiado sensible y demasiado vehemente!... ¡Pero si yo hubiera tenido un poco de educación, un poco de instrucción y un poco de dinero para empezar, tal vez se hubiera podido hacer algo bueno de mí! De todos modos, yo le agradezco á usted que piense bien de mí; esto me alegra, la verdad, porque usted también es un buen hombre, y de seguro si hubiera uno como usted de cada veinte, el mundo iría algo más derecho: y eso que me ha dado usted el gran chasco. ¡No me hubiera yo figurado nunca que era usted capaz de haber engañado á una pobre mujer, sin casarse con ella, si era libre; ni de andar á caza de aventuras con mujeres de otros, si es casada; vamos, que la cosa no es buena... y que usted no tiene cara de líos!...

SALAZ. (¡Extraña mujer!)

VIUDA. En fin, esto se acabó. ¿Quiere usted ser testigo de

mi boda?

SALAZ. Imposible, señora, parto mañana.

VIUDA. ¡Ah, es verdad: se me había olvidado! Pero ¿me permitirá usted que venga, durante su ausencia, á ver alguna vez á esa chiquilla?

SALAZ. Mi mujer y mi hija vienen conmigo. Yo debo permanecer en Filipinas dos años lo menos, y no quiero estar tanto tiempo separado de ellas, ahora sobre todo.

VIUDA. Entonces, antes de irme, quisiera ver á su señora de usted para pedirla perdón por el modo raro con que me he presentado y conducido con ella, y qué diante... dar un beso... á la causa de todo este embrollo... que después de todo... tiene que ser mi hija por fuerza. ¡Carta canta! (Enseñando los papeles.)

SALAZ. Espere usted un momento y las dos vendrán á saludarla. Adios, señora; sea usted dichosa; usted lo merece y yo lo deseo sinceramente.

VIUDA. ¡Adios... compañero!... ¡Iba usted á decirme algo!

SALAZ. (Después de vacilar un momento.) ¡No; nada! (¡Pobre mujer!) (Vase por la derecha.)

ESCENA VII.

LA VIUDA DE LÓPEZ, RICARDO después.

VIUDA. ¡Este hombre tiene algo! Estaba conmovido, impresionado, triste... cosa extraña, puesto que todo se ha arreglado como él deseaba. ¿Por qué se llevará á Filipinas á su mujer? ¡Sin duda para que la otra, la madre verdadera de la chica, no venga aquí á armar una trapatiesta en cuanto vea que la han quitado la hija! ¡Qué raro es todo esto! ¡Ah, eres tú!

RIC. Sí, y venía á decir á usted...

VIUDA. Lo sé todo. Acabo de hablar con el brigadier. Él es el padre y yo te había acusado injustamente. Pero tú hubieras debido decirme la verdad completa, teniendo

confianza en mí, y me hubieras evitado hacer una tontería de graves consecuencias, y que ya no tiene remedio.

RIC. ¿Cuál?

VIUDA. ¡Que he reconocido á Clara como hija mía, en Madrid, mientras su padre, el brigadier, la reconocía aquí!

RIC. ¿Qué dice usted? ¿pero por qué ha hecho usted eso?

VIUDA. Para probarte que yo te quería, aun con hijos de otra mujer.

RIC. Pero eso es un absurdo...ese reconocimiento es nulo... ¿qué ha dicho Salazar?

VIUDA. ¿Salazar? Estar más sério de lo natural. ¡Vamos! parece que todos ustedes son lo mismo. Hasta los que parecen más santos... se escurren. En fin, ya veremos la manera de deshacer esa tontería... si hay posibilidad. Con dinero y abogados todo se consigue. Oye... vamos á otra cosa: ya sabes que yo soy muy curiosa. ¿Tú no conoces á la madre?

RIC. ¿Qué madre?

VIUDA. La madre de la niña. La verdadera.

RIC. No.

VIUDA. ¿Ignoras su nombre?

RIC. No sé más sino que es una mujer distinguida; eso es todo.

VIUDA. ¿No te has encontrado nunca con ella?

RIC. ¿Dónde?

VIUDA. En Pinto, en casa de los otros.

RIC. Nunca. ¿Iba ella acaso?

VIUDA. ¡Ya lo creo!

RIC. ¿Cómo lo sabe usted?

VIUDA. Porque yo quería saberlo todo: los he mandado á uno... y han hablado.

RIC. Yo no he ido más que cuatro ó cinco veces en siete años. Cuando Salazar me lo encargaba.

VIUDA. Te llamaba don Enrique. ¿Por qué era eso?

RIC. Porque yo no quería dar ni mi nombre ni mis señas. Aquellas gentes podían creer...

VIUDA. ¡Mírame á la cara! (De pronto.)

RIC. Ya la miro.

VIUDA. ¿Tú me juras?.. (Con desconfianza.)

RIC. ¿Volvemos á empezar? (Interrumpiéndola.)

VIUDA. ¿Tú me juras que todo esto es cierto?

RIC. Si no lo fuera, ¿qué interés podía tener Salazar en reconocer un hijo que no fuera suyo?

VIUDA. ¡Toma! ¡También yo le he reconocido, y no le había visto en mi vida!

RIC. Pero no todos son locos como usted.

VIUDA. Mira. Cada uno lo es en el mundo á su manera.

RIC. Creo que ya podemos irnos. Nada tenemos que hacer aquí.

VIUDA. No tienes poca prisa.

RIC. No nos hemos de quedar aquí hasta el día del juicio.

VIUDA. ¿No te había convidado Salazar á comer?

RIC. Sí, pero...

VIUDA. ¿Lo habías olvidado?

RIC. No; pero cuando él me invitó, no había usted hecho...

VIUDA. ¿El qué?

RIC. Lo que ha hecho usted: esa tontería.

VIUDA. Esa tontería no es una acción deshonrosa. Y no veo motivo para que nos escapemos como unos ladrones. Sobre todo cuando hay uno de los dos que está convidado á comer, y cuando el otro tiene gana y hasta derecho de que le conviden. Lo natural es que el señor de Salazar me hubiera invitado á mí también... que todos estuvieran aquí reunidos y contentos... y nada de esto es lo que sucede... (y aquí pasa algo... y aquí me engañan .. ¡lo conozco! está en la atmósfera...)

ESCENA VIII.

DICHOS, JULIA y CLARITA, á poco SALAZAR.

JULIA. (Haciendo un gran esfuerzo sobre sí misma, para aparecer tran-

quila y serena.) Mi marido acaba de decirme, señora, la acción generosa que ha llevado usted á cabo, queriendo hacer partícipe á esta niña de su vida y de su fortuna: yo la enseñaré á ser con usted agradecida, como si fuera realmente lo que usted ha querido que sea y lo que la ley la ha hecho. Lo único que siento es que la explicación que hemos tenido hoy mi marido y yo no se haya verificado antes: usted no hubiera encontrado ocasión, es cierto, de darnos esa prueba de buen corazón y elevados sentimientos; pero en cambio la hubiéramos ahorrado á usted la anómala situación en que se encuentra respecto de esa niña y de nosotros. Felizmente, todos los interesados en ello saben lo que deben pensar de usted; y su noble, su generosa conducta, tendrá el premio que merece.

VIUDA. ¿Todo eso quiere decir, que usted me perdona y que quiere usted darme la mano en señal de amistad?

JULIA. Con toda mi alma. (Se la da.)

VIUDA. (Está temblando!...)

JULIA. Debo también dar las gracias al señor de Ruíz, por haberse interesado por esta niña, viéndose precisado á engañar á usted para guardar el secreto de mi marido. (¡No puedo más!) Clara... despídete de este caballero, que nada te debía, y á quien tú debes mucho, sobre todo, desde esta mañana.

CLARITA. ¡Gracias, don Enrique! (Dándole la mano.)

VIUDA. (Mirando á Salazar que entra en escena, y dirigiéndose á Ricardo.) Dala un beso, hombre; puesto que te tiende su carita, y que has pasado por su padre algunas horas.

SALAZ. ¡Dice muy bien esta señora! ¡Un poco más de valor y todo habrá concluido! (Ap. á Julia.)

JULIA. Ahora, da un beso á esa señora que te quiere mucho. (Á Clarita.)

CLARITA. Con mucho gusto.

VIUDA. (¡La niña no sabrá fingir! ¡Veremos!) Ya sabrás, hija mia, que yo vengo á buscarte.

CLARITA. (Sencillamente y haciendo una seña á Julia para indicarla que

recuerda sus recomendaciones del acto segundo.) ¿Para ir donde?

VIUDA. A mi casa.

CLARITA. ¿Por mucho tiempo?

VIUDA. Para siempre. (Observándola.)

CLARITA. ¿Y nos vamos ahora mismo?

VIUDA. Cuando quieras.

CLARITA. Entonces, mañana.

VIUDA. ¿No te da pena separarte de estos señores?

CLARITA. Como la tuve cuando dejé á los que me criaron; pero quiero ya mucho á esta señora, y si usted me promete traerme algunas veces para que la vea...

VIUDA. ¿Y me querrás tú con el tiempo?

CLARITA. Ya la quiero á usted.

VIUDA. ¡Mira, no me digas eso, porque entonces lo voy á sentir doble! ¡Demonio de chica! Vaya, vaya; no hay nada de eso; era una broma. Te quedas aquí siempre con estos señores... y en cuanto á mí, lo probable es que no nos volvamos á ver nunca.

CLARITA. ¿Por qué?

VIUDA. Porque el señor de Salazar se lleva á su mujer de viaje, y esta señora quiere llevarte con ella: pero si algún día necesitas de mí... aquí me tienes... y ¡qué demonio! al fin y al cabo, aunque no sea más que en papel sellado, ¡yo soy tu madre! ¡la segunda! ¡ó la tercera! ¡en fin, una, pero nunca es malo tener una madre de sobresaliente!

CLARITA. Usted me escribirá, y yo la contestaré: y si me vuelvo á quedar sin padres, me iré con usted.

VIUDA. (¡Aquí mienten todos! ¡hasta los chicos!... ¿pero por qué? ¿Qué es lo que hay aquí? ¡Yo haré que se vendan!) Mira, hija; para aficionarte á que te vinieras conmigo te he traido una porción de juguetes y de chucherías que están abajo en el coche, frente á la verja del jardín. ¿Quieres ir á recogerlos? Anda ve; díle al lacayo que te los suba... dela usted su permiso.

SALAZ. ¡Ve, hija mia! (Vase Clarita, y se la ve atravesar por el jardin.)

VIUDA. ¡No tengas cuidado! los caballos son muy mansos. ¡Pobrecilla! ¡qué lista es! ¡cómo corre!... ¡Ay, Dios mío!

JULIA. ¿Qué es eso?

VIUDA. (Mirando por la ventana falsamente y no apartando la vista de los demás personajes.) ¡Se ha caído! ¡Tiene toda la cara llena de sangre!

JULIA. ¡Ah! (Dando un grito horrible y precipitándose hacia la puerta.)

VIUDA. ¡Vamos! ¡usted es la madre! ¡quieta! ¡estaba segura! ¡No se ha hecho daño ninguno. ¡Soy tan buena cómica como ustedes! ¡He mentido; quería descubrirlo todo!...

SALAZ. ¡Señora!

JULIA. ¡Cómo! (Turbada.)

VIUDA. ¡No tema usted nada! ¡Sé ya cuanto quería saber! (Pausa. Á Ricardo que hace un movimiento.) ¿Me has creído tan estúpida y tan bestia, á pesar de tu práctica, como tú eres infame? ¡Esa niña es hija tuya, y tú la has dejado abandonada casi, en poder de unos tios cualquiera!... ¡durante siete años... en que la has visto... cuatro ó cinco veces! ¡Tú has seducido, tú has deshonrado á esta mujer, abandonándola después como á tu hija!... ¡y obligando con tus canalladas á este hombre, en cuyos brazos había muerto tu padre, á reconocer como hija suya á tu hija, por salvar el honor de su mujer! Y tú has firmado el reconocimiento como testigo... ¡tú! ¡el padre! ¡cobarde! ¡bandido! ¡y todo eso... para poder vivir á tus anchas, sin trabajar, como un caballero, con el dinero de la Viuda de López! ¡de la antigua criada de una fonda... de una mujer cualquiera como yo... bruta y ordinaria! ¡Querías despachar el honor de la una y la hucha de la otra! ¡nada más que eso! ¡Y las leyes para impedir esas infamias... no las han hecho todavía! ¡Y estos

tipos se tienen por hombres! ¡No, hijo mío! ¡Si los hombres fueran como estos señores, prácticos y positivos, serían peor que fieras! ¡Los hombres, aunque haya pocos, son estos! ¡sensibles, generosos, dignos, decentes! ¡y pensar que iba yo á casarme, que iba yo á entregar mi mano, mi vida, mi porvenir, mi fortuna, á un caballerito por este estilo! ¡Mira, si no me contuviera, yo creo que te deshacía!... ¡Vete! lárgate... que yo no te vea.¡¿Pues no comprendes que si no fuera por mí, hace mucho tiempo que te hubieran echado de aquí á puntapiés?

RIC. Repórtese usted, señora.

VIUDA. Quédate con todo lo que me debes. ¡Quítate de mi vista! .. ¿No lo oyes? ¿no lo oyes?

SALAZ. ¡Haga usted lo que yo! ¡Suponga usted que ha muerto! (Vase Ricardo cínicamente.)

VIUDA. ¡Se acabó! ¡Me dedicaré á los gatos! ¡Los hay mejores! ¡Perdonen ustedes mis gritos! ¡Necesitaba desahogarme! ¡He hecho un gran negocio! ¡Héme aquí, viuda por segunda vez de un marido que no he tenido nunca, y madre de una hija que no ha nacido de mí! Perdóname, niña, (Al ver entrar á Clarita.) mis gritos y mis arranques. ¡No volveré á asustarte, y te querré de lejos puesto que vas á marcharte; pero ya nos volveremos á ver algún día, más tarde, cuando tu padre se convenza de que soy una buena mujer; y más tarde aún, cuando yo esté ya en el hoyo grande y te haya dejado, como hija mía que eres... toda mi fortuna! ¡Esta mañana no tenías familia ninguna, y esta tarde tienes un padre... como hay muy pocos... y dos madres... no del todo malas... yo te respondo! ¡Tú no comprendes gran cosa de todo esto! ¡Tanto mejor; déjate querer y eso te lo explicará mejor que nada!

SALAZ. ¡Corazón humano! ¡grande como el mar! ¡profundo como el cielo! ¡misterioso como el infinito!... (Tendiendo la mano á Julia.) ¡Mujer mía!... (Á la Viuda.) ¡Amiga mía!...

VIUDA. ¡Ahora sí que soy feliz! (Dando la mano á Salazar.)

SALAZ. ¡Hija de mi alma! (Á Clarita.)

CLARITA. (Besando á Salazar.) ¡Padre mío! (Á la Viuda.) ¡Madre mía! Mamá de mi vida. (Saltando al cuello de Julia.)

FIN DE LA COMEDIA.

TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Propiedad que corresponde

ZARZUELAS.

A las doce de la noche	1	D. Rigoberto Cortina	M.
A tiempo y con arte	1	Rigoberto Cortina	M.
Animales y plantas	1	E. Navarro	L.
A real y medio la pieza	1	E. Navarro	L.
Baños sulfurosos	1	E. Navarro	L.
Círculo nacional	1	Manuel Nieto	M.
De músicos y locos	1	M. Nieto	M.
El fonógrafo	1	José del Castillo	L.
El Barbián de la Persia	1	E. Navarro	L.
El puesto de las castañas	1	E. Navarro	L.
El último tranvía	1	R. Blasco	1|2 L.
Exposición nacional	1	Rigoberto Cortina	M.
Frutos... coloniales	1	Luis Arnedo	M.
Gandolfo	1	N. N.	L. y M.
La divina zarzuela	1	José del Castillo	1|2 L.
La Pilarica	1	Sres. G. Perrin y Miguel de P.	L. y M.
Las Carolínas	1	D. N. N.	L.
Miss Eva	1	Perrín y Palacios	L.
¡Muchacho!	1	A. Corsino y Suppé	L. y M.
Pastillas de la Mahonesa	1	Eduardo Navarro	L.
Pintar como querer	1	Manuel Nieto	M.
¡Quién fuera ella!	1	Perrin, Palacios y Nieto	L. y
Rosario	1	Rigoberto Cortina	M.
Un flamenco d'Alboraya	1	Rigoberto Cortina	M.
Cosas de Madrid	2	Arango, Asensio y Viaña	L. y M.
De Madrid á los corrales	2	Cárlos de Olona	L.
Los horrores de la guerra	2	Arango y Viaña	L. y M.
Mascarada nacional	2	Bolumar y Peldo	L. y M.
Pinafor	2	Llanos y Taboada	M. y 1|2 L.
El año de la Nanita	3	Luis M. de Larra	L.
El corazón en la mano	3	Miguel E. Tormo	L. y M.
El rey reina	3	Sres. Tormo y Nieto	L. y M.
El viaje á Suiza	3	D. M. Echegaray	1|2 L.
El gran Mogol	3	Tormo y Andrán	L. y M.
Graciela (ópera)	3	Francisco Javier Blasco	M.
La guerra alegre	3	Casademunt y Henrich	L. y M.
La guerra y el hogar	3	Carmelo Calvo	L.
Los dos esclavos	3	Antonio Reig	L.
Un regalo de boda	3	Zapata y Marqués	L. y M.

PUNTOS DE VENTA.

En casa de los corresponsales y principales librerias de España y Extranjero.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.